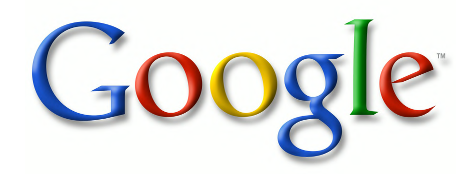


JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

# PATRIA



BUENOS AIRES




CABAUT Y Cía, EDITORES
Librería del Colegio — Alsina y Bolívar

1906

# SERIE GRADUAL DE LIBROS DE LECTURA,

COMPUESTA DE ACUERDO CON LOS PRINCIPIOS Y MÉTODOS DE LA CONTEMPORÁNEA,

## por JOSÉ H. FIGUEIRA

Esta obra consta de cuarto cursos: preparatorio, elemental, intermedio y superior. En los cursos primero y segundo, el autor se ha propuesto enseñar á palabras y frases inteligentemente, sin deletreo y al golpe de vista. El empleado es el objetivo, analítico-sintético, fónico de palabras y cláusulas les, habiéndose asociado la escritura á la lectura. Los niños, desde los 6 años de edad, aprenden á leer solos, con dichos libros. La acción del maestro debe limitarse á la enseñanza de las palabras y frases normales, que son las que presentan las dificultades propias de la lectura. Todo lo demás ha de leerlo el niño *con la mayor independencia*. Las palabras normales se hallan graduadas cuidadosamente, de acuerdo con el sistema de Pestalozzi y Frœbel; por manera que presentan al alumno *una sola dificultad por vez*, correlacionada con las dificultades anteriormente vencidas.

El curso *intermedio* se contrae á la lectura *expresiva*. El autor ha seguido en él los sabios consejos del académico señor E. Legouvé y sus propias observaciones. El método empleado es el inductivo-deductivo, tomando como punto de partida el estudio de la cláusula y de la composición, que se consideran como una unidad. Los asuntos estimulan el interés natural del niño, tienen valor permanente y están expuestos en una forma castiza y bella, por manera que el fin moral va encubierto con el elemento estético.

El curso *superior* tiene por objeto perfeccionar las nociones y hábitos adquiridos por el alumno en el arte de la lectura, y, á la vez, iniciarle en el conocimiento de las principales obras y autores de todos los países y de todas las épocas. Los trozos han sido escogidos teniendo en cuenta las aptitudes de los niños y las dificultades propias de la lectura. Se ha procurado que las composiciones tengan valor permanente, contribuyan á desenvolver el buen gusto literario y sirvan, al mismo tiempo, para educar los sentimientos más puros y desinteresados.

*El alumno que estudie dicha serie de libros, á la vez que aprenderá á leer correctamente, habrá adquirido muchos conocimientos útiles sobre lenguaje y literatura, y sobre el arte de vivir.*

Las numerosas indicaciones que se insertan al pie de cada lección, facilitarán á los señores maestros la preparación de las mismas, y contribuirán á que aun las personas que no poseen especiales conocimientos en pedagogía, puedan aplicar dichos libros con acierto.

He aquí las obras de que consta dicha serie de libros de lectura:

### CURSO PREPARATORIO

(Libros aprobados para servir de texto en las escuelas públicas).

**Carteles de lectura.** — (12 números), pegados en cartón.
**Paso á paso.** — *Libro primero de lectura y ortografía.*

### CURSO ELEMENTAL

**¡ Adelante !** — *Libro segundo de lectura y ortografía.*
**Un buen amigo.** — *Libro tercero de lectura y ortografía.*

### CURSO INTERMEDIO

**Trabajo.** — *Libro cuarto. — Lectura expresiva.*
**Vida.** — *Libro quinto. — Lectura expresiva.*

### CURSO SUPERIOR

**Humanidad.**—*Libro sexto de lectura (en preparación).*

Librería del Colegio ✂ Alsina y Bolívar ✂ Buenos Aires

# PATRIA

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

# PATRIA

2ª EDICIÓN




BUENOS AIRES

CABAUT Y CÍA., EDITORES

Librería del Colegio — Alsina y Bolívar

1906

Esta obra ha sido aprobada por la Dirección y Consejo General de Educación de la Provincia de Buenos Aires, para servir de texto de lectura en los años 4º, 5º y 6º de las escuelas comunes.

Á todos los que en la República Argentina se consagran á la enseñanza y educación de la juventud, dedica este libro, que es condensación metódica de una labor dispersa,

**EL AUTOR.**

# PARTE PRIMERA

## CAPÍTULO I

### EL PROBLEMA FUNDAMENTAL

I

Cuando más nos alejamos de la juventud, en que nos place rendir tributo á los sentimientos exquisitos del alma, se nos hace más difícil confesar que un día nos invade el hielo de la duda, del escepticismo, de la sensualidad de la vida, por último, hasta el grado de hacernos temblar por el porvenir, y con cierto agudo remordimiento por haber olvidado enseñanzas adorables, que así nos seducen en la niñez como reaparecen en los últimos años, semejantes á esos reflejos de sol poniente que brotan entre nubes sombrías en el horizonte opuesto. ¡Oh, entonces, qué bella se transparenta la edad impecable, y qué radiantes y alegres nos llegan sus recuerdos!

Hace el hombre, cuando más culto se cree, algo como punto de honra el encallecer el corazón, ahogar las ternuras y desterrar los afectos más dulces que alientan y confortan en la lucha interminable. La cultura nueva trae una cubierta de dorado metal, reluciente pero impenetrable, que encierra y sofoca los más delicados atributos de nuestra naturaleza. El hogar transmite con el calor materno y la santidad del culto doméstico, la virtud fundamental de todo hombre; y la escuela, convertida en hogar de la inteligencia, en regazo visible de la gran madre ideal que llamamos Patria, completa la obra del hogar para extender en más dilatados espacios el núcleo de la familia primitiva. La infancia, la hermosa edad de las más perfectas asimilaciones, y la juventud, la de los sueños y anhelos más generosos, ¡cuántos tesoros se llevan al alejarse para siempre, y cómo se arrancan del corazón del hombre contemporáneo! Parece que se hallase decretado un absoluto divorcio entre las idealidades é inspiraciones del joven y las experiencias y realidades de la edad madura: son dos hombres, dos vidas, dos organizaciones distintas y dos destinos diversos.

Semejante transformación, no fácil de explicar, comunica á la sociedad sus efectos, y vemos á la sociedad convertirse de pronto en un frío, desconsolado y estoico hacinamiento de hombres que

recorren su camino, labran su tierra, llenan su labor diaria, pero sin que surja de sus faenas un canto de entusiasmo, ni un grito de pasión por aquellos ideales que fueron alimento de las almas en años juveniles.

Una educación incoherente, un aprendizaje improvisado de costumbres exóticas y un descaminado concepto de la vida conjunta ó nacional, realizan en un día la destrucción de lo que el hogar y la escuela crearon en labor amorosa y creyente. Se imagina que el bloque de mármol labrado sobre la colina, va á convertirse por sí solo en la obra de arte y animarse con el movimiento de la sangre; el niño ha de ser hombre cuando haya dejado la escuela, y ningún pulimento posterior será necesario para convertirlo en el ciudadano, en el obrero de una civilización, en el factor de un destino nacional.

Esta relación entre la escuela y el niño es la misma que existe entre la tierra y el hombre: la una engendra el vínculo del espíritu que lo sigue á través del tiempo y asiste á todos sus desarrollos y cambios, la otra crea ese fuerte lazo semejante al de la maternidad, que nos sujeta hasta la muerte, hasta que volvemos á depositar en sus entrañas la materia de que nos vestimos para la penosa peregrinación.

Patriotismo es ese amor, esa fuerza, esa ley na-

tural ineludible que ata al hombre á la tierra en que nace, le convierte en un defensor airado y en un trabajador incesante para enriquecerla y hermosearla. Como amor es fuente de grandeza y sacrificios, como fuerza es agente de cultura y de dominio, como ley es principio eterno que rige la formación y vida de las sociedades. Es anterior á toda doctrina, superior á toda convención é interés y más poderoso que las voluntades. Por eso es germen de perfección moral, móvil eterno de heroísmos individuales y colectivos, y la única inextinguible fuente de la verdadera gloria.

## II

Si no hubiesen existido estas hondas vinculaciones entre el hombre y el suelo en América, robustecidas por otras causas históricas y aceleradas por una política contradictoria con toda condición social, hubiera tardado muchos siglos la Revolución, y se habría desarrollado con lentitud y sin los prodigiosos heroísmos que fueron su fuerza y su triunfo. Nada hay que adhiera más el corazón á la vida, como la conciencia de la propiedad, la noción del dominio magnificada por la esperanza de una soberana y exclusiva posesión. Ha sido ella la causa de los más célebres sacrificios en

los tiempos, en los cuales se vieron pueblos entregados al hacha del conquistador extranjero, ciudades incendiadas, martirios de apóstoles y guerreros que iban á la muerte antes que ceder un palmo de la tierra bendita, consagrada por los huesos de sus mayores.

¿Cómo podría explicarse de otro modo que por una ley inherente á nuestra naturaleza, esta inspiración ingénita de todas las naciones, para estrecharse, armarse y correr á la pelea apenas ha sonado la hora del peligro? ¿Por qué la tendencia de conservar la vida, luchar por ella y rodearla de todos los encantos y atractivos posibles, desaparece ante el temor ó la perspectiva de una extraña ofensa? No es, por tanto, el amor de la patria una cualidad adquirida, ni un conocimiento posterior, ni menos una convención. Las leyes educadoras y políticas que la desconociesen ó la contrariasen, llevarían en principio, para términos más ó menos próximos, la disolución ó la esclavitud, la decadencia y la ruina. Algunos ejemplos de pueblos tan infortunados nos ofrece la historia: pueblos que tienen una patria ideal, sin una porción de tierra donde se pueda levantar un templo único para sus dioses y bendecir el cálido hogar de los afectos íntimos.

Hijos de una raza vigorosa, entusiasta y amante, nacidos en un suelo en que la belleza y la fuerza

tienen un reino opulento, los americanos pudieron reemplazar con la pasión y los anhelos patrióticos los recursos bélicos que la ciencia, la fortuna ó la pericia sólo procuran en el mundo. Y ninguna revolución puede decirse que llevara á sus combates tanta savia nativa, tanto ardimiento guerrero y tanta prematura experiencia para las grandes situaciones históricas. Pero no olvidemos que también usábamos de una herencia recogida á través de seculares opresiones y negros ostracismos, sufridos por nuestros progenitores, á quienes tocara vivir en la época del imperialismo naciente y del naufragio de todas las libertades.

Oleadas de hombres exaltados por las victorias y las conquistas de un siglo de oro para las armas españolas, entre los cuales vinieron personajes ilustres en las ciencias, la religión, las letras y las armas, fundaron en este suelo desbordante de riquezas las bases de una sociabilidad, lentamente modificada por las influencias étnicas y por las leyes de la propia evolución local. Las antiguas libertades, conservadas en secreto culto en el fondo de los corazones, retoñaron al calor fecundante de nuestros climas y al riego de los más caudalosos ríos del orbe.

Y luego, al expirar el siglo XVIII, puede contemplarse este interesante fenómeno histórico: la sociedad antigua, fundadora de ciudades y munici-

pios dueños de regio abolengo y desbordantes de vida democrática, y á su lado, en crecimiento silencioso pero acelerado, la sociedad nativa, mezcla potente como la del bronce y el hierro, de la noble sangre española con la savia virginal de la tierra conquistada. Pronto, pues, el ramaje nuevo cubre con su follaje el tronco centenario: la América joven toma el puesto de la antigua, y este doloroso cambio que hubo de realizarse con muchos sacrificios, no fué sino el cumplimiento de una ley eterna.

Pero la vida nueva no se desarrolla sin duras pruebas y amargas vicisitudes; y la nobleza de alma y de genio, el vigor y abundancia de la propia naturaleza y fortuna, el temple heredado de la hidalga nación á que debemos la existencia, fueron fuente de continuos dolores para el patriotismo argentino, que parece destinado á nutrir de su robustez y de su sangre á naciones hermanas, que si habían nacido en un solo hogar, pronto le fueron arrebatados tras de nuestros triunfos y como premio de nuestro esfuerzo. Nación que en su seno incubara la independencia, que la diera á luz en hora propicia para su rápido crecimiento, se hallaba condenada á los dolores del amor materno, á ver alejarse á sus hijos desviados por pendencias domésticas ó sugestiones insanas; y todavía la joven soberana los bendice, los despide con lágrimas y vela por ellos en su trabajada existencia.

Nuestra patria, como á Roma comparaba el lírico inmortal, es « semejante á la vieja encina de los sombríos bosques de la Algida raleados por el hacha. Se acrecienta con sus pérdidas, se anima con sus heridas, y nuevo vigor arranca del hierro que la golpea ». Hoy, después de haber dado la vida de su cuerpo á tres naciones, y vertido su sangre á torrentes para dar la libertad á otras tantas más lejanas, se encuentra aún con el mismo problema ante su conciencia y su corazón, y se pregunta: ¿Hasta cuándo es lícito el sacrificio; hasta cuándo es honorable la renuncia de su patrimonio; hasta cuándo la humana moral y la cristiana abnegación exigen de un pueblo las inmolaciones estériles, nunca compensadas ni fructificadas en favor de un ideal realizable?

Acaso conviene detenerse á meditar en este carácter de nuestra vieja política. Hemos exigido siempre á nuestros soldados el homenaje de la vida por la Patria, y ellos la cedieron y triunfaron; hemos vencido con las armas y comprobado la pujanza y vigor nativos de nuestra sociabilidad; nunca los colores nacionales han adornado el carro de ningún vencedor extranjero: jamás desmintieron los ejércitos la gloria con que San Martín, Belgrano, Alvear, Las Heras y tantos otros lo ungieron en innumerables batallas; y no obstante, nadie reconoció jamás el precio de sus victorias, ni

reclamó la indemnización de sus sacrificios, como si fuesen el ejército y la Nación argentinos enviados del reino de los cielos para crear pueblos, formarlos, dotarlos de libertades y territorios, y esperar en la vida eterna la recompensa espiritual de sus hazañas.

Es necesario decirlo una vez, aunque nos cueste rubores y sufrimientos : parece existir en el fondo de nuestra vida, en el corazón y en las costumbres de nuestra juventud, en las conciencias de nuestros hombres de acción y de enseñanza, algo semejante al frío de la muerte de aquellos sentimientos primordiales sobre que se levantan las grandes nacionalidades, se fundan las civilizaciones más sólidas y durables, y existe y se fortalece esta religión terrena que la humanidad ha condensado en la palabra Patria.

## III

Religión, sí, y no solamente una noción ni una teoría que pueden ser cambiadas á voluntad ó á capricho de los innovadores cotidianos, porque sólo así se explicaría la virtud superior con que algunos hombres elegidos persisten durante toda la vida en la abnegación y sacrificio de su reposo, hacienda y sangre. Religión y no otra idea pere-

cedera y mudable es el patriotismo, porque el siglo en que vivimos, presa y juguete de intereses, pasiones y cálculos nada románticos, no habría presenciado esos levantamientos y guerras en que las masas humanas, impulsadas por el amor y la conciencia de la patria, removieron estremecidas de asombro las seculares cenizas que hacen del suelo de la Grecia y de la Italia templos de sagrados cultos nacionales.

Belgrano no se habría resignado á los reveses y contrariedades de la lucha, que inicia como pensador y continúa como general, hasta caer rendido por sus intensas amarguras; San Martín no habría concebido su vasto plan militar, ni sus altos designios políticos no fáciles de comprender por la crítica vulgar, de recorrer la América y de abandonar después todo poder; y por último, sólo un espíritu hondamente penetrado de esos misticismos y dramas que viven y luchan en el fondo del alma humana, podría medir la inmensidad del dolor del héroe que se vuelve de la ribera patria para no volver á ella sino en cenizas traídas de tierra extraña. Y luego, ¿qué pasión, qué idea, qué creencia es esa que mantiene en el combate á aquellos argentinos que luchan durante cincuenta años con las pasiones, la barbarie y la tiranía, para fundar al fin tras de tanta sangre y dolor una nación para sus hijos, para todos los

hombres, menos para ellos que apenas tienen la suerte de morir en la tierra donde nacieron?

No; no puede ser el patriotismo una noción adquirida, ni una convención universal, ni un principio científico que puedan cambiar los gobiernos y modificar los métodos, sino un atributo substancial de la humana naturaleza, una ley de su organización física, afectiva é intelectual, que nace, crece y muere con el hombre mismo. Por eso los pueblos que lo olvidan en sus escuelas ó en su política, se encaminan al desorden, á la decadencia, á la cobardía: cualquier aventurero los hará su fácil presa, cualquiera influencia extraña hallará en él terreno propicio, cualquier género de corrupción tendrá en él una víctima voluntaria.

Y estas observaciones que el recuerdo de los grandes días de la Patria nos sugiere, en libre y entrañable confidencia con nuestros lectores argentinos, no son una vaga idealidad ni una metafísica inaccesible. Las exponemos para decir que las tristes lecciones de nuestra historia sobre los hechos en que el patriotismo interviene, deben hacernos cambiar de sistema, abandonar de un solo golpe viciosos, débiles ó enfermizos miramientos y complacencias con nosotros mismos y con los extraños, para reanimar y fortalecer la noción patriótica de todas nuestras enseñanzas y actos gubernativos y sociales; para reabrir la con-

tinuidad perdida de la tarea de nuestros antepasados, guerreros y constituyentes; para cumplir. en fin, nuestro destino nacional, en una época en que sólo es posible contrarrestar los agentes de la ciencia y del arte, de la pericia y la astucia, con un acendrado y puro amor de la tierra y de sus glorias é instituciones, todo lo cual completa el concepto del patriotismo verdadero y eficiente.

Por sus progresos generales, sus inmensos territorios, su creciente prosperidad, la misión civilizadora de la República Argentina en esta América no debe tener superior; y para realizarla no han de ser bastantés los cañones, ni los buques ni los ferrocarriles, que antes serían formas de nuestro tributo, si el pueblo y su gobierno no restableciesen en toda su esplendidez y vigor, el santo fuego del antiguo amor de la Patria, de aquel que aparece en la plaza de Mayo en 1810, siembra una victoria en cada región del continente, y con el brazo de sus hijos ó con su influencia, funda naciones libres en cada país donde llegan sus armas.

El cetro está inviolado, pero nadie lo empuña como dueño: se guarda en la necrópolis donde duermen nuestros héroes y nuestros próceres del pasado. La misión de sus descendientes, de los felices herederos de tanta fatiga y de tanta gloria, es hacer revivir la conciencia de la propia grandeza, y escuchando las espontáneas inspiraciones

del patriotismo, nunca extinguido aunque extraviado, incorporarse de la muelle indiferencia que nos inmoviliza y nos consume; encender de nuevo en los hogares la lumbre de los antiguos dioses desterrados por la moderna idolatría; hablar sin rubor y á grandes voces de la Patria, injustamente desterrada de nuestras festividades, conversaciones y discursos, con riesgo de ahuyentarla también del corazón, y despreciando novísimas actitudes, consagrar nuestras horas á robustecer el cuerpo y refrescar el alma con los ejercicios que dan fuerza, y los recuerdos que vuelven la creencia y el perfume del ideal juvenil. Por último, hagamos que desde la escuela primaria hasta el colegio y los institutos profesionales y universitarios, la enseñanza patriótica no sea abandonada; que siga corriendo por las venas del hombre la misma savia que le entusiasmara cuando niño, y le arrancara gritos de pasión y acciones heroicas cuando joven, para que nuestro respeto no sea insultado, ni nuestra tierra usurpada, ni nuestras libertades corrompidas, y por ver si por fin llega un día en que haya virtudes como aquella que hizo exclamar, radiantes de júbilo, á los Macabeos, en presencia de la hoguera que iba á devorarlos:

«Estamos dispuestos á morir, antes que traicionar las leyes de Dios y de la Patria».

---

# CAPÍTULO II

## PATRIA, PATRIOTISMO

### I

Una resurrección feliz favorece en esta época los estudios ideales, aun en los países más notables como innovadores ó materialistas. Después de la fiebre literaria que agitara á la Francia de los últimos tiempos, llevándola á extremos imprevistos de positivismo é irreligión, parecería que una voz desconocida le hablase desde el seno del torbellino, y la llamase al recogimiento y á las sencillas y antiguas virtudes de la raza y la nacionalidad. No sólo sus literatos, artistas y filósofos más avanzados, sino sus hombres de ciencia y de gobierno, marchan hoy al frente del noble cortejo que se vuelve hacia los sagrados recuerdos que constituyen la gloria y el honor colectivos, hacia los sentimientos esenciales de la

comunidad social, cual si acudiesen á los templos de dioses olvidados. Mientras por las calles ruedan en vértigo estruendoso las multitudes desenfrenadas ó enceguecidas por sus placeres ó sus vanidades, en las altas regiones del espíritu hay una labor incesante, apasionada, férvida, por forjar el alma nueva del pueblo, el acero vigoroso del carácter, la grandeza común del porvenir.

Se lucha, se trabaja, se sueña con agitación, con delirio, con ansia y esperanza de ún bien superior aun invisible. El noble ejemplo de estos elegidos contagia á todos los hermanos de raza que, unos apenas libertados de la disolución y la anarquía como la Italia, otros arrastrando con heroísmo innato el peso secular de sus recuerdos gloriosos como España, se esfuerzan por restaurar, conservar y engrandecer el legado de sus mayores, el vínculo acaso debilitado de sus tradiciones más remotas, como si procurasen evocar desde el fondo de los siglos el alma nacional ausente.

Más felices las naciones alejadas del parentesco latino y de su ambiente tórrido, á pesar de sus profundas revoluciones y cambios y aun de las maravillas de la fuerza y la voluntad, se sienten libres de las continuas intermitencias de carácter y de pasión, y desde la infancia hasta la edad madura, la órbita de su crecimiento y

cultura es una amplia y majestuosa curva de término inmensurable. Ni Alemania ni Inglaterra creyeron jamás apartarse de la familia universal, por dirigir todas sus potencias creadoras hacia la formación y crecimiento de la nacionalidad propia, de la unidad de su carácter, de su individualidad perfecta.

La fuerza, el respeto y el honor que el mundo les reconoce, ya sean producto de influencias combinadas de la naturaleza física y de la sangre, ya el resultado de una labor persistente y uniforme de las inteligencias en su misión civilizadora, se asientan sobre esas cualidades superiores nunca abandonadas de contradichas, y que se manifiestan en una firme y progresiva continuidad del trabajo de todas las fuerzas y todos los espíritus. Así se constituye antes la personalidad individual de la nación, para ser hábil y capaz de influir en el resto del mundo.

Luego, no obstante la presumida y perezosa ignorancia de todos los tiempos, no es una locura, ni una tarea de mediocres esta del cultivo de árboles centenarios, que tan tarde compensan las fatigas con sus frutos ó su follaje; porque la formación de esos altos y eternos sentimientos, como el de patria, se asemeja á aquella empresa secular. Pero también tiene por objeto, no un deleite sensual y transitorio que halaga

la existencia de un hombre ó de una generación, sino fundar un ideal, un culto capaz de perpetuarse y de servir de foco inmortal de vida y de grandeza para todos los hombres y las generaciones de una sociedad, de un estado, de una nación, y convertirse en el alma misma que circule á través de los siglos, como la savia del suelo alimenta y renueva sin término los bosques, á pesar de las devastaciones del rayo y del hacha.

La Patria es la persona imperecedera para quien luchan y trabajan los hombres, las sociedades, los gobiernos, las naciones; ella es distinta de todos ellos, superior á todos ellos: es su alma invisible y generadora; sus errores y extravíos pueden alejarla, desvanecerla, combatirla, pero entonces no son de extrañar los desfallecimientos inesperados, las derrotas, los desencantos, las disoluciones y la muerte.

Grecia antigua pudo ser por sí sola un templo inmenso donde el arte se confundiese con la divinidad; pero diluído quizá en su cielo azul y embriagador el concepto individual y antiguo de patria, en vano llamara á las puertas de los santuarios y de los sepulcros y encendiera incienso en colosales trípodes de oro, ó al pie de las deidades olímpicas más eternas en el mármol que en la creencia, para detener las olas bárba-

ras é impías del norte y del oriente y las águilas invencibles y crueles del ocaso. « La risa perpetua de las ondas marinas », que antes reflejara la gloria y la alegría, resonaba ahora como la fúnebre y desgarradora algazara de la celeste orgía agonizante. Es que esa idea es unidad, es fuerza, es acción colectiva, es concepto individual, social, nacional, político, y lleva en sí la íntima relación de alma y de cuerpo, de territorio y de habitantes, de propiedad y soberanía, de voluntad y de renuncia, de abnegación suprema, de amor y de martirio : « la patria es la más poderosa abstracción que haya creado el lenguaje humano », la síntesis más absoluta y verdadera de la vida.

## II

Nosotros constituímos una vida nueva, llena de vigor nativo, de calor de alma, de impulsos geniales y arrebatos nobilísimos. Lo tenemos también de nuestros antepasados; es nuestra herencia secular; es el fondo inmutable de la raza, donde vendrán á fundirse todas las influencias, fuerzas y elementos de las otras que se unen con ella en el tiempo y en la tierra que habita, bajo el cielo que la cubre. Como

individualidad humana somos una nación antigua, dueña de altísimas y sagradas tradiciones que han modelado su espíritu; y así como otras más poderosas buscan hoy sus viejos orígenes para saturarse de antigüedad y reconstruir su destrozado abolengo, sólo necesitamos despojarnos del polvo de las luchas recientes, para contemplar el pasado y comprender lo que valen para la dicha y la grandeza de la Patria los recuerdos, los vínculos de sangre, el tesoro de las glorias comunes, guardado con el religioso respeto de los amores supremos y transmitido por los anales de la familia secular.

Nuestra sociedad es antigua, de estirpe elevada y tendencias superiores; y esas cualidades, fortalecidas en el suelo virgen de América, hicieron que la vieja savia castellana diese al mundo una nueva revelación de sus virtudes, con el nacimiento de un pueblo que fuese como un retoño robusto del árbol centenario, destinado á perpetuar en su propia vida los caracteres fundamentales de su origen, embellecidos, transformados, glorificados con la juventud y la fuerza.

Constituímos, además, una Nación y un Estado, que vive sobre un país inmenso, dotado de riqueza y hermosura incomparables; y unidos, encaminados en un sendero común por instituciones tam-

bién seculares, que tienen el bautismo de sangre y de genio de todas las revoluciones históricas, y la consagración del sacrificio por sus propios antepasados, realizamos en toda su amplitud y profundidad la idea de una Patria propia, exclusiva, íntima y eterna. Porque no sólo se ligan en ellas la tierra y el hombre en unión perpetua é irrevocable, sino también las glorias y los sufrimientos, los trabajos y los goces, la sangre y el sudor de muchas generaciones, vertidos en luchas y por ideales propios de la nación joven, á veces contra enemigos extranjeros, á veces en disensiones intestinas, siempre dolorosas y cruentas. De todas ellas el vigor nativo salió triunfante, la sangre derramada no ha sido estéril, aunque haya retardado el crecimiento y la cultura: sus frutos han sido la conquista definitiva de una personalidad externa, capaz y digna del más bello destino, y el establecimiento de un sistema de libertades, derechos y gobiernos, calculado para labrar la felicidad colectiva y conservar y engrandecer el legado patrimonial, el respeto y el honor de la Nación en el presente y en el porvenir.

Si tenemos una patria con todos sus caracteres ideales y reales; si ella es una personalidad viviente é imperecedera; si es una gran solidaridad constituída por los sacrificios que se ha hecho y los que se está dispuesto á hacer todavía; si es una

grande entidad materna, un superior concepto moral que precisa la vida y el destino de la sociedad, podemos ya exigir á todos los que la forman, la sostienen y representan, su parte de deber, de esfuerzo, de abnegación. Ella no es sólo un organismo vegetativo é inerte: se compone de cuerpo y de espíritu, de voluntades é impulsos que es necesario dirigir hacia un fin general, ascendente, progresivo, material é intelectual.

El patriotismo consiste en la mayor ó menor suma del tributo voluntario puesto al servicio de todos, del bien común: de parte de los ciudadanos, por la concurrencia del trabajo material y moral, y de parte de los que gobiernan, por la lealtad, diligencia, amor y vigilancia en todas las cosas que á la Patria interesan, del doble punto de vista de su cuerpo ú organismo físico, en su territorio, y de su alma, ó sean sus atributos de dignidad, cultura, honor, soberanía y engrandecimiento.

La defensa de los derechos patrimoniales de la nación, no es menos inherente al deber patriótico de gobernados y gobernantes: los primeros por la consagración de la vida á formar la fuerza material para la lucha necesaria, y los segundos para no descuidar un instante la causa nacional dentro ó fuera del país, ante el tribunal permanente y universal de la humana justicia. Aquel ídolo incásico puesto en la cima de la montaña con el brazo de-

recho armado, extendido hacia el océano, y el izquierdo vuelto hacia la tierra de sus hijos, parece un símbolo perfecto del deber patriótico en los que rigen pueblos y guardan territorios.

Pero la fuerza, asiento y base de toda Patria, no se forma sólo por la aglomeración de las armas y de los soldados; no es sólo la unión de veteranos y novicios para constituir un ejército; no son sólo los tesoros acumulados para armar flotas numerosas: la fuerza invencible y eterna es la que resulta de la perenne labor de todos para perfeccionar, robustecer y ennoblecer la Nación misma, en su cuerpo y en su alma, en su naturaleza física y moral, en sus atributos intelectuales y sensitivos, y presidida esta incesante y ordenada tarea por esa pasión suprema, por ese ideal sublime, — único capaz de reemplazar el religioso, porque se forma también de carne y espíritu como el hombre, — el sentimiento, pasión é ideal de Patria.

Ella «representa el patriotismo intelectual y moral de las generaciones de una misma sociedad. La funda la comunidad de glorias, desastres y sacrificios: la unión de los corazones, de los sentimientos, hace lo demás. Ella se liga al territorio como la selva al suelo que la alimenta». Unir los corazones, solidarizar los sentimientos, armonizar las inteligencias, ¿no es acaso una gran misión política, un ideal capaz de llenar una vida y fundar

una gloria, dar origen á una pasión y á un sacerdocio?

He ahí un motivo digno de ocupar las horas del hombre de Estado; ver si la educación argentina en sus grandes ciclos, no va extraviada de este derrotero salvador y supremo, y si en vez de elaborar el tipo nacional del porvenir, no se echan los cimientos de otro innominado, amorfo ó heterogéneo que lleve en su sangre los gérmenes de la decadencia ó la degeneración mental; ó sea, la muerte de la nacionalidad. Y siguiendo en este análisis, podríamos precisar la «política patriótica» por excelencia, la que inspira los actos en defensa, honor y gloria de la nación y en su respeto universal y permanente; llegaríamos á saber si nuestra Patria ha definido ya para siempre y de modo inmutable sus derechos de soberanía, y si no tiene problemas ó deudas sagradas consigo misma que resolver ante su propia conciencia moral y jurídica, y de sus destinos y deberes en la civilización.

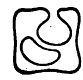
Grande, heroica y de tardías compensaciones es, por tanto, esta misión del patriotismo en el gobierno de los sociedades. Por eso requiere una base profunda de virtudes invencibles, que sean consubstanciales con el alma misma del pueblo, y los más resistentes son, sin duda, el valor, la renuncia de sí mismo, la honestidad y

el amor, como constitutivas de una acción más perdurable y activa.

La Patria es una región superior donde se confortan todos los corazones, se hermanan todos los ideales, se combinan todas las fuerzas, se funden y convierten en afectos benévolos todos los rencores que la lucha de la vida enciende entre los hijos de un mismo hogar nacional: « ella encarna lo más precioso que tenemos y debe sernos más querido, el pasado de nuestros abuelos, el porvenir de nuestros descendientes. Es el depositario de las tradiciones sagradas, de las esperanzas inviolables, de los recuerdos gloriosos, de los sentimientos íntimos de una raza: tiene la guardia y la responsabilidad de sus destinos, de su grandeza, de su independencia. Es lo que persiste á través de los tiempos, sobrevive á todas las individualidades; es lo que puede adherirnos y por lo cual podemos sacrificarnos ».

Tan alto y noble sentimiento, que tiene de humano y de divino, por las santas inspiraciones que despierta en las almas, puede ser baluarte de las libertades contra las tiranías, las corrupciones, los halagos engañosos de la fortuna, las desesperanzas mortales de la adversidad; y en esas épocas no desconocidas en la historia, en que desaparecen los atractivos é ilusiones que

ligan á la vida y al trabajo, el amor de la Patria puede ser un refugio, un baluarte, el foco de una reacción gloriosa y fecunda. Hablar siempre de ella, amarla, hacerla amar de los otros, ennoblecerla y hermosearla con el culto de nuestra inteligencia y de nuestros corazones, es honrar y perpetuar la memoria de los héroes que la fundaron y velan por ella desde la inmortalidad.



# CAPÍTULO III

## SOBERANÍA NACIONAL

### I

Entre las múltiples reflexiones que sugiere la fecha imperecedera de Mayo, nos place detenernos en aquella que nos pone en comunicación con el espíritu cívico del pueblo autor de la revolución y origen de la soberanía nacional, en cuya virtud se rige por sus propias leyes y ha fundado el imperio de la libertad en su territorio.

No son los grandes sacudimientos históricos, aquellos que cambian el curso de los acontecimientos y alteran la faz de las civilizaciones en una porción determinada del mundo, los que acuden á las fuerzas organizadas, á los ejércitos regulares ó permanentes, sino las que lo confunden todo en la aspiración común de la sociedad, tan propia y exclusiva del soldado como del paisano, porque es la del

hijo de la tierra, ya empuñe el sable ó el arado.

Antes bien, cuando esta hora suena para las naciones, jóvenes ó antiguas, en que el espíritu cívico, el espíritu público está en sazón y calienta con su entusiasmo y nutre con su savia á todo cuanto respira la misma atmósfera, las filas se disgregan de su régimen primitivo, las armas son arrojadas al suelo ó arrebatadas en desorden, para correr á la muchedumbre agitada en aparente confusión, y en cuyo seno arde la llama fecunda que improvisa ejércitos desconocidos, engendra potencias nuevas, originales, irresistibles, y derriba las organizaciones veteranas.

Entonces hay ciudadanos, hay un pueblo, hay una patria distintos, separados, fatalmente autónomos, que han conquistado su soberanía propia y tienen derecho á reclamarla ante la ley natural. Y cuando la han adquirido, y han visto reconocer su personalidad en el mundo, y han dado existencia á un gobierno regular, comienza la labor interminable de la vida civilizada, el ejercicio de la soberanía, que es conjunta ó externa, y es individual ó interna.

La Revolución de Mayo fué una revolución del pueblo del Río de la Plata, de una nación ya formada y consciente, que obtuvo por su solo esfuerzo, la práctica, la posesión, el ejercicio de su *impérium*. Con las armas y con el sacrificio de la sangre

triunfó en lucha tremenda contra una de las naciones más valerosas de la tierra, como que era de su propia carne y de sus propios huesos, y cuyo espíritu patriótico no tiene igual.

Así fué también la generación aquella. En ninguna revolución conocida mostróse más unida, más homogénea el alma de la nación en el anhelo de la libertad y soberanía externa é interna, que en esa contienda de inmortal recuerdo para esta América. Soldados, ejércitos, generales, dinero, recursos sinnúmero, apóstoles, oradores, escritores, poetas, buques y marinos surgían de la nada, como evocados por un conjuro omnipotente; y cuando se creían agotadas las fuentes, y la lucha languidecía, y la suerte de la guerra corría peligro, veíase brotar de ignorado origen la palabra salvadora, la acción decisiva, el hombre, el brazo, conductores de la victoria.

¡Milagros aparentes de la Providencia,—que por mucho tiempo fuera considerada como una ley histórica eficiente, —pero en realidad, prodigios de la virtud cívica y de la convicción patriótica, que busca con la abnegación de la vida y la consagración al bien de los demás, establecer en el suelo nativo el imperio de la voluntad colectiva, y dar á esa unidad de cuerpo y alma, ó sea de territorio y población homogénea que llamamos una nación, la personalidad á que aspira en el concierto del mundo!

Y estos dos aspectos de la vida nacional argentina se han desarrollado juntos en su historia, unas veces en armonía íntima y estrecha, casi confundidos en uno solo, otras en aparente divergencia, como si no se concibiese la idea de patria al mismo tiempo que la de libertad. Nunca ha sido así, por cierto; porque si algo daba vigor inmenso á la contienda guerrera contra el poder real, era el sentimiento profundo de la protesta contra el régimen de opresión, de negativa de los derechos civiles y políticos, las diferencias de clases, los privilegios y exacciones, las exclusiones inicuas de los hombres por otros hombres naturalmente iguales, y contra esa ausencia de personería externa que caracteriza á las colonias y mina su existencia, consumiendo sus energías nativas.

Así, pues, fueron vanas y estériles las tentativas de suprimir la libertad de nuestro suelo, como la de cercenar la integridad territorial por la fuerza de las armas ó la conquista, mientras la Nación tuvo una voz para expresar su pensamiento y el voto de su alma. Si hubo tiranías devastadoras que obscurecieron por largo espacio el escenario recién abierto á las expansiones de la vida libre, ellas provinieron de causas sociológicas bien definidas, y pasaron arrastradas por el torrente de la misma savia que ahogaron con sus excesos.

En cambio, cuantas veces se dió la señal de la defensa común, en nombre de la ley de cohesión nacional que constituye la Patria, jamás faltaron ni la fuerza ni el heroísmo bastantes para vencer al adversario y salvar intachable el pabellón, que es símbolo de honor y de gloria. Si luego, después de la victoria, los consejos políticos fueron errados ó magnánimos, al despojarse de los derechos inherentes al vencedor y ceder al contrario, como prenda de paz y humanidad, el tesoro que fuera causa de la querella y las inmolaciones, cuestión es que atrae hondamente la inteligencia y el corazón, y aparece como extrema, como excesiva interpretación de la moral evangélica.

## II

Cada vez que las dos fuertes virtudes de un pueblo, el civismo y el patriotismo, se han presentado en la acción en desacuerdo ó divorcio, grandes é irreparables desastres han caído sobre los Estados. Hay entre ellos, por tanto, una unidad indisoluble, un lazo real de armonía que acrecienta su poder en la acción, y que rotos ó disueltos, se traducen en la enfermedad y la muerte. El ideal de toda educación y cultura

nacional debe ser, por tanto, el que la conciencia cívica y la virtud patriótica se compenetren, se ayuden, se conforten una á otra, para que en los días de la prueba no falte el vigor que regenera en la desgracia, y en el caso contrario, no puedan la artera astucia ó la falsa humanidad desbaratar las conquistas de la victoria, que sólo se consiguiera con sangre, vidas y haciendas.

Hemos dicho que la Revolución de Mayo fué obra del sentimiento popular, nacional y cívico, de esa profunda armonía que constituye una entidad soberana en la más vasta acepción de la idea: ella debe ser sin cesar manifestada á las generaciones jóvenes que harán la Nación del porvenir, para que no sean inducidas en error por el interés de secta ó de círculo, tan inclinado á mezclar ó profanar á cada momento las más nobles cosas y los conceptos más puros; ni á caer en el extremo opuesto de confundir por causas y en ocasiones transitorias ó parciales, lo que es frágil con lo imperecedero, la fracción ó el partido con la nacionalidad, el interés ó la vanidad de un hombre, con el destino ó el orgullo y grandeza de la Patria.

Nunca será bastante la enseñanza de estos principios á los que han de sostener mañana el legado de nuestros mayores. Esa faz de la historia de Mayo no ha sido estudiada todavía para

extraer de ella la lección que entraña; y por respetos y homenajes explicables aún, no se ha ocupado el maestro de arrancar de nuestro pasado los ejemplos dolorosos de sus olvidos ó transgresiones.

Aquellos concibieron é hicieron para sus descendientes una Patria común, que es una unión indisoluble de regiones, comarcas, porciones, provincias, ó Estados inseparables, en virtud de la sabia ley natural ó social federativa; y si fueran interrogados los gobiernos de algunas épocas sobre la ejecución de ese mandato, no siempre pudieran, quizá, probar que lo habían cumplido. ¿ Cuántas veces ha sido desgarrada, desmembrada la unidad territorial de 1810, de 1813, de 1816 y de 1824, y quién rendirá cuenta de esos actos en el tribunal de la posteridad?

Cuidemos con culto religioso ese tesoro de bienes materiales y de doctrinas salvadoras y eternas, cuya raíz está en la naturaleza humana. No leamos la historia por el único prestigio y el atractivo épico de las batallas y de los tumultos populares: estos solos no constituyen la gloria, ni conducen á la dicha duradera, porque también hay combates heroicos, grandiosos, para aherrojar libertades y esclavizar y conquistar pueblos enteros. Leamos sus páginas para desentrañar de ellas los consejos de la sabiduría, de la moral y

la verdad, que han de conducirnos por caminos rectos y seguros, porque no sólo contienen el alma de los grandes hombres que veneramos, sino la síntesis de una experiencia, la realización de leyes seculares que llegan á convertirse en leyes permanentes de la evolución universal.

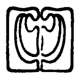
Ellas nos dicen que toda nación que ha llegado á ser un organismo individual y perpetuo, se convierte en una patria; esta es una personalidad conjunta y compleja, á la vez que una unidad indestructible; ella tiene, como el hombre individual, su ley moral suprema; y en el lenguaje práctico de las leyes y de las gentes, toda patria comprende dos sentidos claros y distintos: el que afecta á la integridad y decoro con relación á las demás naciones, y el que se refiere á su constitución, su sociabilidad, su libertad y su decoro internos.

Por eso, no es todo el amor de la patria la disposición de combatir y dar la vida por su independencia y dignidad exteriores; ni es todo el patriotismo la asidua é inteligente consagración á la labor doméstica. La misión de una sabia enseñanza, de una cultura superior, sería la de realizar la armonía justa entre ambos extremos, no para excluirse, sino para constituir una sola substancia, una sola idea, un solo sentimiento.

Cuando esto se realiza en la sociedad, en la

conciencia del pueblo, es cuando llega la era de las conquistas, de las glorias definitivas é indestructibles. La convicción y el hábito de la dignidad y el respeto íntimos constituyen por sí solos una fuerza incontrastable y eterna, para mantener contra toda amenaza, asechanza ó insinuación la integridad ideal de la soberanía externa, mientras que la sola capacidad exterior, nos lo enseñan ejemplos conocidos, no basta á cubrir ó detener el mal de la disolución ó de la inmoralidad internas.

Recordemos que nuestra Revolución de Mayo fué una fórmula perfecta de aquella noción de la patria; es la única absoluta y exacta, porque conserva la unidad originaria de la soberanía; porque identifica al ciudadano con ella misma en cuerpo y alma, y porque sólo así el amor de la patria es voluntad, virtud y poder.



# CAPÍTULO IV

## EL IDEAL DE LA PATRIA

### I

Se han caracterizado las últimas décadas de la historia contemporánea, por un visible decaimiento de los ideales en diversos órdenes de la vida; en unos pueblos el materialismo literario ha ido muy lejos, hasta provocar por su propio exceso una reacción opuesta; en otros las preocupaciones y prejuicios antirreligiosos han tocado los extremos, y comienzan á mirar hacia atrás, como buscando de nuevo algún nuevo reflejo del sentimiento perdido; otros, por fin, han abandonado de tal modo sus ideales y cultos patrióticos, que diríase de ellos que marchan sin rumbo, sin propósitos, sin calor, sin luz directiva en este interminable camino de la existencia.

No son estos los más, sino, lo que es más raro, son las naciones más jóvenes é inexpertas, — y acaso la República Argentina deba contarse entre ellas, — las que se distinguen por este extraño enfriamiento de los que fueron los afectos dominantes de la raza, de la nacionalidad misma, desde los primeros días de su vida independiente. Poseídas del vértigo de las grandezas materiales, de la fiebre, también grandiosa, de la lucha por el progreso y la prosperidad económica, han dejado en ocasiones languidecer las llamas vivas de las nobles pasiones originarias é ingénitas, bajo las cenizas no removidas de los impulsos utilitarios dominantes.

Cierto es que, pasada la época heroica con las victorias finales de la independencia, invadió el alma nacional, bajo la forma engañosa de un anhelo de libertad civil y política, el odio de partido, de bandería, de facción, de guerra civil con sus horrores mil veces más atroces que los de la guerra extranjera; y esos terribles elementos de anarquía, de descomposición, de disolución social. dejaron acaso en el fondo del espíritu del pueblo argentino gérmenes vivientes, cuyo trabajo continúa y se inocula en todas las manifestaciones de la vida común.

La extensión del territorio, la variedad de sus climas, la espontánea abundancia de sus fuentes productoras, la desigual y precipitada incorpora-

ción de inmigraciones heterogéneas, y la falta absoluta de una política continua, persistente, de elevado patriotismo y de orientación superior en el país, han hecho en no pocos períodos revelarse verdaderas aberraciones; han dejado tomar cuerpo independiente y magnitud incontrastable á ideas divergentes de nuestro destino nacional; han hecho posible algunas veces concebir la desmembración del rico legado histórico, y la creación de entidades separadas dentro del sagrado y vastísimo recinto, en que la naturaleza y la historia colocaron el alma de la « nueva y gloriosa nación » de Mayo.

Mas era un deber de las generaciones sucesoras de aquella que fundó la Nación Argentina, reunir, conservar y multiplicar, para los siglos venideros, la magnífica herencia, no sólo en cuanto se compone de bienes materiales, sino de los recuerdos, de las tradiciones, de los atributos y cualidades del carácter de los progenitores, todo lo cual constituye el alma inmortal, el numen inextinguible entre una y otra época, la vida, en fin, de la entidad imperecedera que llamamos la Patria, y que tan hondos y poderosos sentimientos engendra y convierte en fuerzas para el sacrificio, para el trabajo, para el combate.

Siempre vivió latente en las entrañas de la tierra, en el fondo de la conciencia, en el organismo de la raza originaria y nativa, la suprema virtud

del patriotismo. Por eso cuando ha asomado una sombra de peligro, ó el clarín ha convocado á la guerra, no faltaron ejércitos, ni héroes, ni grandes rasgos de superioridad; tampoco se ha dejado de avanzar camino en el sentido de formar una noción profunda de la unidad de la Patria y la solidaridad de destinos de todas sus regiones, hasta aquellas que por su distancia, su despoblación ó su estado salvaje, permanecieran como tierras muertas para la vida económica y social de la Nación. La cultura intelectual, fruto de los esfuerzos propios y de las fatales influencias extrañas, se ha desarrollado también en grado considerable, y la riqueza económica, aunque desigual é intermitente, tiene aspectos bajo los cuales pudiera halagar cierta faz del orgullo nacional.

Entre tanto, una observación más extensa, más honda y más inmaterial de nuestra civilización en su conjunto, deja en el corazón una impresión de tristeza, de deficiencia, de vacío, en cuanto se busca en la política tradicional, en medio de tantas maravillas, el hilo conductor, la fuerza eficiente, la voluntad representativa y directiva de tantas nobles y creadoras fuerzas; al propio tiempo que para ser más vivo el contraste, contemplamos cada día la pequeñez de nuestra posición internacional, la rutinaria adhesión de nuestra política á teorías desacreditadas ó á abstracciones vacías de sentido

práctico, cual si procurásemos erigirnos en conductores de nuevas cruzadas evangélicas, en predicadores místicos, en medio del fragor de las armas, del aparato imponente de las escuadras, del tono insolente y amenazador oculto bajo la «fraternidad», la «amistad», la «comunidad», la «solidaridad» de las naciones, y cuando cada paso de esas diplomacias, de esos ejércitos y armadas se traduce en una conquista pacífica de territorio, en una desmembración de los más débiles ó inactivos y en una gloria más del imperialismo triunfante.

Lejos de nosotros la idea de desconocer, en cuanto tienen de verdad y de sanción real, la validez y la fuerza civilizadora de esos preceptos del derecho de gentes, sobre que se asienta la gran asociación de los Estados modernos; pero cualquiera que recorra con mirada despierta los últimos sucesos políticos de nuestro siglo, advertirá la tendencia incontenible de las grandes entidades nacionales á ampliar su esfera de acción, á ensanchar sus dominios territoriales y á afirmar su autoridad decisiva en las cuestiones que afectan al nuevo derecho internacional.

---

## II

Y este es el eterno, el invariable, el nunca obscurecido ideal de todas las sociedades humanas, desde que una forma de existencia colectiva apareció sobre la tierra. Habrán prosperado, se habrán humanizado, habrán llegado á veces hasta el lirismo los medios ó procedimientos de la conquista; pero jamás dejó de brillar sobre las naciones la tea de los ejércitos en marcha, la luz de los destinos de razas superiores, y el humo y polvo de las ruinas de los vencidos y avasallados. Y el afán incesante de los últimos fué el estudio de los propios defectos y aptitudes, para educarse, instruirse, fortalecerse, crecer en número y poderío, para imponerse á su vez y restablecer el equilibrio de sus destinos roto por su caída.

Hoy el mundo entero mira con admiración el enorme poder desplegado por la Gran Bretaña, y ya nada falta para que, restableciendo el lenguaje antiguo, se le apellide la señora del mundo, como á la Roma de César y de Augusto. Fruto de la misma raza y de las mismas tradiciones, su heredera americana se alza con el mismo vigor y energía desde esta región de la tierra, llenando de sorpresa á los viejos Estados de Europa, los cuales, ante el llamamiento ansioso de la debilitada y

nobilísima España en el trance quizá más doloroso de su historia, no creyeron conveniente dar la menor explicación de su silencio, que esta vez fué de muerte para la noble nación progenitora de tantas otras.

Bellos y grandes son, sin duda, los principios de la solidaridad, de la igualdad y de la independencia de los pueblos; pero debe verse ya que ellos se asientan sobre el poder, la riqueza, la autoridad y el prestigio de cada uno, sin que sea indispensable que tales cosas dependan de los ejércitos y escuadras, pues bien pueden existir naciones físicamente pequeñas, cuya grandeza moral equivalga á esas fuerzas materiales.

Saber cómo llegaron esas potencias dominadoras á la conquista de su grandeza, debe ser el objeto permanente de las demás; y en cuanto las experiencias extrañas son adaptables, es una conclusión evidente que deben aprovecharlas con el discernimiento y la discreción debidos. Y en cuanto al cultivo de los sentimientos de individualismo, patriotismo y cohesión nacional á la continua y vigilante custodia del santuario de las glorias, los recuerdos, el patrimonio comunes, en todos los órdenes materiales y morales, nadie podrá demostrar que no fueron la causa principal, la fuerza constante, el impulso continuo de la voluntad colectiva hacia el engrandecimiento de la patria.

Error funesto padecen los hombres públicos de nuestros días, que, tomando los efectos por las causas, lo accesorio por lo principal, creen que el utilitarismo excluyente es la gran verdad contemporánea. Ellos no han de ser, por cierto, los que vayan á medir la profundidad de los desastres incubados por semejante política para las gentes y pueblos del mañana, pues, por desgracia, estos son resultados evolutivos, y un hombre, una generación, son apenas un átomo en la evolución del alma y la personalidad nacional.

Olvidan ó ignoran que tales razas vencedoras tuvieron el gran secreto de su fuerza en virtudes fundamentales, que jamás se aprenden por añadidura, ni se adquieren por accesión, sino que, siendo legado común de tales hombres, supieron conservarlas, fortalecerlas, embellecerlas y convertirlas en un hábito y en una característica de las nacionalidades que llevan su sangre y su educación materna.

Inglaterra y Estados Unidos, — para no mencionar sino á la raza anglo sajona, — son hoy el modelo más imitado en cuanto á instituciones políticas y educativas. Alemania, que lleva una gran porción de aquella sangre, fué siempre hogar de la ciencia, del arte y de la filosofía, y su historia en el siglo XIX es la más brillante armonía del ideal con la fuerza. Francia, la triunfadora de ayer,

la vencida de más tarde, es hoy, bajo el peso ejemplar de su derrota, la más luminosa prueba de lo que vale la grandeza del alma aplicada á un propósito definitivo, y un guía certero de las naciones nuevas, que buscan el mejor camino para su engrandecimiento ó su rehabilitación.

Italia, la nación heroica é inspirada que lleva por alma una armonía y por ideal una forma escultùral, desgarrada durante siglos, reconstruída por la sola virtud de ese sentimiento maravilloso de la patria, entrégase hoy con pasión tan ardiente como la que sabe desplegar en las batallas, á las luchas de la ciencia, y en materia política, procura asimilarse los modelos de razas superiores, consagrados por la irrefutable prueba de los hechos. Sus universidades son talleres, sus prensas no se dan reposo, sus teatros deleitan al mundo y sus cátedras lo son también para los pueblos hermanos de la tierra.

Y bien, de un extremo á otro de la línea de las grandes naciones, que constituyen la civilización presente, sólo circula una savia, un soplo vital, una ráfaga de fuego, un flúido generador de voluntad, de movimiento, de labor, de unidad, de creación y de magnificencia, que al encarnar en cada una de esas entidades colectivas, toma un matiz propio, un sello personal y una potencia genial distinta; es un sentimiento, es el sentimien-

to originario de la vida, de la familia, de la unión de los hombres, de su adherencia á la tierra; es el amor innato é imperecedero de la madre, del hogar, del suelo nativo.

No, no hay necesidad de pregonarlo, ni ensordecer con su nombre los oídos; pero sí de elaborarlo, de cuidarlo, de alimentarlo en el fondo de todos los corazones, hacerlo presente en todas las empresas de los hombres, en los propósitos de toda política, en el seno de toda institución, entre las páginas de todos los libros, en el surco del arado y del riel, en las entrañas de la tierra, de las selvas y de los ríos.

Cuando esto sea un propósito nacional definitivo, una modalidad de nuestro ser y una fuerza y móvil habituales de nuestra vida, podremos anunciar al mundo el cumplimiento de los anhelos de nuestros antepasados cuyos espíritus nos contemplan desde la inmortalidad, con toda la unción de los recuerdos que las gloriosas fechas evocan en el pasado. Entonces podremos reclamar con éxito nuestra parte de acción en los destinos comunes con los demás pueblos, y los principios convencionales y abstractos del derecho serán también para nosotros una verdad tangible, una sanción universal, un precepto ineludible de cuya defensa se encargarán por igual nuestros adversarios y nuestros amigos.

deben incorporarse, y de cuya civilización vienen, por el nacimiento y el trabajo, á ser nuevas fuerzas y factores?

Hablamos aquí, como se verá, sólo de los nacidos en el país; porque respecto de los extranjeros flotantes ó fijos, suscítase siempre el argumento de la libertad acordada por la Constitución para enseñar y aprender. Pero ni en sentido alguno puede desconocerse el derecho de la Nación para sujetar esas franquicias á los reglamentos y limitaciones que el orden público y los altos intereses nacionales exijan. Cuando la ley suprema del país establece que ninguna libertad, derecho ó garantía acordados, queda fuera del poder de las leyes que reglamenten su ejercicio; cuando ha atribuído al Congreso el poder de promover el progreso de la ilustración nacional por medio de planes generales de enseñanza; cuando toda la fábrica constitucional está combinada para fundir en el inmenso molde de la nacionalidad argentina « á todos los hombres del mundo » que vengan á habitar en su suelo, ha señalado una política perdurable, eterna, profunda y sabia, que fuese norma invariable del legislador, del estadista y del maestro. Pero ha fundado también un poder de intervención del Estado, en nombre de la Nación, en todas las clases y categorías de la enseñanza, ya se ejerza

como una obligación del Estado ó con su ayuda, ya en uso de su derecho expreso, concedido á ciudadanos y extranjeros, para enseñar y aprender, y de estos últimos, para venir al país, libres de todo gravamen fiscal, á enseñar las ciencias y las artes.

## II

Orden público es todo lo que afecta á la existencia y cohesión de los vínculos sociales, á la paz y tranquilidad de la vida colectiva, á las relaciones de mando, obediencia y ejercicio de libertades entre gobierno y gobernados; y en sentido expreso, todo lo que afecta á los fines especiales y concretos de la Carta fundamental: consolidar la unión nacional, afianzar la justicia, proveer al bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para el presente y el futuro, esto es, todos los fines naturales y coexistentes de toda sociedad organizada. Negar la facultad del Estado para intervenir en el ejercicio de la enseñanza particular, es desconocer uno de sus objetos iniciales, y uno de los sentidos más importantes de las limitaciones establecidas en favor del poder legislativo, como parte de sus faculta-

des educadoras ó tutelares de la cultura nacional.

Y aquí no hacemos referencia á ciertos objetivos de la alta política, en determinadas épocas de la historia, que imponen normas especiales ó direcciones fijas á los sistemas de enseñanza. Sobre esto iríamos más allá del objeto de estas páginas, y nos expondríamos á que inteligencias no versadas en los sistemas y en los comentarios sobre enseñanza pública, no diesen á nuestras palabras un sentido preciso y limitado. Pero debemos decir que la enseñanza del idioma patrio, que tan profundas raíces tiene en la historia política é intelectual del género humano, así como en la ciencia, generadora de todos los progresos de la cultura, y para nosotros, el prestigio de nuestras glorias y la savia riquísima de una tierra que todo lo vigoriza y renueva, es problema de transcendencia vital, como punto de partida de toda evolución, y como propósito ulterior y remoto de los destinos nacionales.

Hay más todavía. La enseñanza de la lengua materna, cada día más robusta y rica en estos nuevos mundos, como deber de toda persona que funda un instituto docente, no implica una negación del derecho de enseñar y aprender otras extrañas, que pertenecen al extranjero, maestro

ó director de una escuela; pero la prescindencia por parte de éstos, de enseñar á sus hijos y discípulos el idioma de la nación de cuya sociabilidad forman parte, cuyos beneficios aprovechan, importa un olvido de una alta ley de moral social y de deber político.

Recordemos que la primera enseñanza forma y modela el alma de la nación, que la segunda la habilita para encauzarse y dirigirse á un fin particular, y la superior la desliga y la liberta de toda dependencia de método, para lanzarla á recorrer con su sola fuerza y su propio impulso los espacios ilimitados de las ciencias y las artes. Luego es allí, en el primer ciclo de la enseñanza, donde deben sembrarse las semillas que se desee ver fructificar y echar frondoso y corpulento ramaje en la edad madura, que determina la del imperio, la libertad y la fuerza de la nación misma; es allí donde la mirada vigilante del Estado debe cuidar que no vayan mezclados con los rudimentos de las ciencias, tendientes á desarrollar las facultades intelectuales y sensitivas del niño, gérmenes corruptores, desordenados ó anárquicos, según un célebre jurisconsulto, ó de tal modo extraños á la índole de la nación ó del pueblo, que se conviertan en el porvenir en causas de disolución, de debilidad moral ó cívica, y engendren el exclusivo ***humanitarismo***,

contrario por tanto á todo concepto de *individualidad* nacional.

Una teoría que consiste en considerar como punto de partida para todo estudio del hombre y de las leyes físicas y morales que lo gobiernan, — y por extensión, que hace del propio país, como individuo de la comunidad internacional, el punto de partida de todo estudio de las leyes humanas ó universales, —tiene una honda base en la naturaleza de las cosas, y los sistemas que la han aplicado han sido coronados por el éxito. Los desastres de 1806 enseñaron á Alemania á encauzar su educación nacional por rumbos más especiales, y duró sesenta y cuatro años el aprendizaje; Francia, después de vagar por cerca de un siglo entre las incertidumbres y las teorías, sin acertar con un tipo de gobierno tan perfecto en la forma como la delicadeza del ideal, ha comprendido en 1870, gracias al heroico y sano patriotismo de sus mejores hombres de letras y de Estado, que debía buscar también como su antagonista, el camino recto del individualismo nacional, como más seguro para alcanzar los fines humanos de toda comunidad política.

Fruto luminoso de los nuevos rumbos, de las sabias aunque dolorosas experiencias, del valor con que sus pensadores han proclamado la ver-

dad de las causas del gran desastre, son los libros sobre la ciencia de educar y de gobernar, con que hoy aquella insigne maestra de las naciones nos ayuda hoy como siempre á desenvolvernos, á todos los hombres de la tierra. Renán, Didón, Boutmy, Simón, Duruy y otros, han escrito y proclamado con alta abnegación el mal real y sus remedios; y tienen hoy maestros ilustres que hacen de los intereses supremos de su patria el supremo interés humano, y como centro y eje de los acontecimientos históricos la historia nacional de Francia, no sin que los espíritus más teóricos y técnicos, ó más apegados á lo bello absoluto que á lo útil y positivo, observen que las teorías nacionales de Lavisse se parezcan á la de sembrar vientos para cosechar tempestades.

Malos y peligrosos son, sin duda, los extremos; y como la nación, según un filósofo moderno, es un intermediario entre el individuo y la humanidad, corresponde á la educación hacer del hombre un ser libre y fuerte, para constituir una nación dotada de la suma de idénticos atributos, como miembro, á su vez, de la universal familia.

Pero ya que se han desvanecido en la atmósfera de nuestro siglo las utopías humanitarias. para ceder el puesto á la concepción real y positiva de los humanos destinos, y que la vida de

hombres y pueblos tiene tanto de lucha como de mutuo apoyo, convengamos en que el sistema mejor será el que realice la personalidad individual como base de la colectiva de la nación, y el cumplimiento en el tiempo de los destinos históricos y de los ideales comunes.

América es el teatro de las dos tendencias opuestas: la individual ó nacional en la región sajona, como resultado de raza y de tradición, y la altruísta ó humana en la región latina, como herencia en parte, y como influencia, lo demás, de la cultura francesa iniciada en los albores de nuestra existencia independiente. Pero causas combinadas de territorio y de tradición, han hecho que la República de Chile rompa con los caracteres de la familia española y sudamericana, y busque por la exaltación de suyo, de los sentimientos y nociones que robustecen el individualismo nacional, la expansión social y territorial que su historia y su derecho le negaron, limitándola entre sus cordilleras y sus mares. Y agreguemos también, en justicia, que tan asombrosos resultados de ese punto de vista, se deben á haber sido antes que otros países hermanos, el asiento de una profusa y persistente enseñanza, que si en sus comienzos fué humanitaria y altruísta, pronto convirtióse en principal factor de la propia y exclusiva magnificación.

Chile es la única nación de origen español que ha roto los moldes de la tradición de familia, hasta el punto de reformar, para su uso exclusivo, algunos caracteres esenciales del idioma común, en cuya ciencia ha dado muestras que la misma vestal española tiene en alto respeto y estima; aquélla es la nación sudamericana que más se haya apartado de la imitación política del norte, hasta crear un gobierno con toques originales y repudiaciones altivas de viejas y consagradas fórmulas; aquélla es la sola nación de nuestro continente que haya alterado en los escritos y en las escuelas la geografía física y astronómica y las verdades de la historia y de la ciencia, para realizar en el terreno la expansión de su soberanía ideal, y para convertirse ella misma en el sol, centro y eje del sistema político de un continente.

III

No; no vayamos nosotros á semejantes excesos, que son espadas de dos filos; pero observemos nuestro pasado, nuestro carácter y nuestras tendencias, y convendremos en que somos los representantes de la utopía contraria, mucho más perniciosa que aquélla, por cuanto tiende á destruir toda idea de personalidad, que se forma de

estos dos conceptos perfectamente claros, precisos y reales: soberanía y territorio. Estos dos atributos reunidos que constituyen la Patria, han andado siempre á mal traer en nuestros revueltos anales políticos. Abierta nuestra alma á todas las influencias exteriores de raza, ideas, religiones y gustos, las hemos absorbido sin medida, y á todas les hemos cedido una porción de nuestra carne y de nuestra sangre; pero al diluirse con ella, han alejado el momento de esa condensación final, que es individualismo, unidad, independencia

Desde 1810 las ideas contrarias á las que fluían de nuestra naturaleza y de nuestro medio, y hacia cuya fórmula tendían los elementos nacionales, han pugnado por invadir el cauce de las instituciones escritas; y si no han conseguido esto, han logrado, en cambio, ocupar espacio bastante para desequilibrar los organismos social y político; y las revoluciones de cerca de un siglo son los frutos periódicos de este forzado connubio entre esos factores antagónicos. Las magníficas cualidades de la raza, fortalecidas en esta tierra al aire de la libertad, han hecho del nuestro un ejército invencible en los combates; pero sea por obra de aquel mismo divorcio de elementos, sea por defectos de educación, el caso es que siempre nos fueron adversos los resultados de sus victorias.

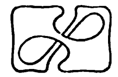
Analicemos con sangre fría y con estoica resig-

nación los orígenes de nuestros brillantes desastres. Cubramos con un velo, por todo el tiempo necesario, las aras de nuestra vanidad, donde se yerguen divinidades engañosas; recorramos con mirada de sabios arquitectos los cimientos de esta fábrica que aun no tiene un siglo, y renovemos, si es forzoso, lo que haya en su fondo de carcomido ó falso, para poner en su lugar granito eterno, y sobre él columnas indestructibles.

En el alma de la infancia están los fundamentos de la gran política del porvenir, de la reforma cierta y única; en los métodos de enseñanza, en las materias preferentes, en las direcciones ó rumbos especiales dentro de los fines humanos de la nacionalidad; en la tendencia á las líneas simples y puras, y á la gran unidad y fusión del alma argentina con las otras razas, dentro del viejo molde originario, para que la transformen y embellezcan; en la formación del concepto sano, positivo y justo de la soberanía y del propio valor, están los procedimientos para llegar á la solución de nuestro gran problema nacional; y si hemos seguido el desarrollo de estas ideas á propósito de la cuestión del idioma nacional, es porque éste entraña una de esas tres bases.

El idioma es el vínculo más fuerte que nos liga con la tradición de nuestros mayores; es el hilo secular que arranca del viejo tronco de la noble an-

tigüedad, para transmitirnos aquella savia que tantos prodigios realizara en los tiempos. No pretendemos quebrantar leyes escritas por la dolorosa experiencia de las naciones, atraídas por el brillo seductor de los incendios que el espíritu revolucionario atizara, porque « los pueblos que han roto con su pasado — dice el ilustre fundador de la Escuela Libre de Ciencias Políticas — se arrojan necesariamente en el racionalismo, y le piden la autoridad que no pueden obtener del prestigio de la historia ».



# CAPÍTULO VI

## UNA CONVERSACIÓN FAMILIAR

### I

Si estuviésemos en los dichosos tiempos de Adison ó de Larra, ó sea del famoso *Spectator* y del no menos célebre *Pobrecito Hablador*, ya empuñaría yo el látigo de la sátira y arremetería contra las costumbres nuestras, que nos impiden dar rienda suelta á los entusiasmos espontáneos y sinceros en los días grandes, cuando todos los pueblos de la tierra se alegran y dan rienda suelta á sus nobles expansiones, al entregarse á los juegos más infantiles y prescindir por completo de toda tiesura y etiqueta. Porque las fechas en que la patria ha nacido, y la nuestra, en verdad, ha nacido dos veces, son de tanta significación, que sin ellas no tendríamos nada de lo que tenemos, ni seríamos lo que

somos; y ¿qué tiene que le demos, entonces, toda nuestra personalidad, y nuestra alma y nuestro cuerpo, si de ella son y en vano hemos de mezquinárselos?

Pero el demonio del espíritu humano tiene á veces misterios insolubles, como éste, verbigracia: que sintiéndose cada uno tan amante de su patria como el que más, parece un ser sin alma, un descastado, en uniéndose con otros y formando pueblo, ó agrupación, ó vecindario. ¿Es que la colectividad obedece á leyes distintas que la unidad, ó las mismas leyes del individuo se agrandan, se modifican, se transforman al aplicarse á la multiplicidad?

Lo primero que hacemos los escritores noveles al empezar á sentir el sabor de las frases conmovedoras ó vibrantes, es comparar la religión con el patriotismo; y es una verdad innegable que esas dos ideas se aparecen juntas en el espíritu en cuanto éste empieza á volar con sus propias alas. Y siendo así, digo, ¿por qué las solemnidades y fiestas públicas que la Patria exige no son del mismo carácter que las religiosas? ¿Por qué los pueblos más humildes de la tierra, los villorrios y aldeas de otros países, se apresuran á echar á vuelo sus campanas, vestir sus casas y sus árboles con telas deslumbrantes, y armar luego en compañía de

vecinos el baile y la verbena, y no sucede lo mismo cuando llegan los días de la Patria, en que mayores motivos habría que les moviesen al placer y á la expansión?

Ambas entidades morales, —Dios y Patria,— tienen una realización visible: la religión tiene una iglesia; la patria tiene un gobierno; luego, procediendo de lo interior á lo exterior, de lo subjetivo á lo objetivo, encontramos á las dos representadas por hombres y sujetas á acciones voluntarias é impulsivas; unas y otras sujetas á error y á múltiples causas de error. El error trae lesión á la integridad humana, la lesión trae agravio, el agravio trae represalia, la represalia engendra odio y el odio es la lucha. Y ya estamos aquí en frente de la más tremenda paradoja: la religión y la patria, siendo originariamente ideas de amor, se convierten en generadoras de guerra.

Pero la una no ejerce poder material y no subleva sino los espíritus por razón de doctrina; en cambio, la segunda maneja fuerza física, y su mandato, que es menoscabo de nuestra libertad, viene apoyado por un instrumento de irresistible fuerza, que puede herirnos el cuerpo como la otra nos hiere el alma. La iglesia no dispone de nuestra libertad corporal, ni de nuestra subsistencia, ni de nuestra felicidad terrena; el gobierno tiene en su mano estas cosas, y para

existir él, tiene que quitarnos la parte ó el todo de esos dones cuando le son necesarios.

Luego, la idea misma de patria encierra los gérmenes del mal. Pero la tierra que habitamos tiene también todos los gérmenes de la muerte; nacemos con ellos, y al morir los difundimos otra vez en el vasto seno de la madre universal. No echemos á la patria, por lo tanto, la culpa de las desgracias que sufrimos, ni á la tierra la de las enfermedades que nos llevan á descansar para siempre en su regazo. Los filósofos de cierta escuela, no sabiendo, sin duda, á quién cargar con los pecados del mundo, se los imputan á la libertad. No andamos lejos de esa doctrina, porque la libertad tiene mucho que ver en el asunto, pero no como agente, sino como objeto: no como causa imperativa, sino como anhelo supremo, como *fin final,* según diría otra escuela filosófica. Y ya que nos permitimos este razonamiento, quisiéramos que no se nos convirtiese en un silogismo sin salida, como aquel en que Bossuet hacía figurar un gato.... Si la libertad es el ambiente moral del hombre y su objetivo final; si con ella solamente se puede ser feliz, y sólo siendo feliz se conciben las manifestaciones del placer, es claro, hay que averiguar si la libertad... O volviendo al gato de Bossuet, hay que averiguar si la leche es dulce, y si

el color blanco es parte esencial del sabor, y si la cal, por ser blanca como la leche, es dulce también. Es decir, acaso hubiera necesidad de comprobar si la libertad es libre.

## II

He sabido de muchos pueblos felices, y sé que en mi país hubo tiempos en que el sentimiento de la patria producía en las gentes emociones profundas ó suaves. Pero aquellos pueblos no están cerca, ni aquellos tiempos tampoco; los unos se ahogaron en su civilización y los otros se perdieron en la historia, dejando su dulcísimo recuerdo del cual se deduce que las prosperidades materiales no bastan para hacer felices á los pueblos, ni que la civilización es causa de buenaventura, si no van con ella otros elementos primordiales. Muchas veces un pueblo que ignora más, es menos desdichado; y otros menos cultos y habituados á los goces de la vida son más felices, porque aquéllos son más fuertes del cuerpo, y éstos son más sanos del alma; y si la historia es una enseñanza, hay que decir también que no bastan la sabiduría y los grandes y maravillosos progresos de la industria, si no llevan consigo estas dos cosas fundamentales: salud moral y fí-

sica, y carácter, ó sea fuerza moral y fuerza material reunidas. Con la primera sabe amar su libertad, y con el segundo sabe imponerla ó conquistarla.

Un viejo y honorable maestro decía hace pocos años en una conferencia histórica cosas bellísimas; y una de ellas era que el carácter de nuestros padres, los españoles, se distinguía por la más ingénita honradez, y la otra, que creía en la salud, en el saber y en la moralidad como fundamentos de grandeza verdadera. (1)

Los pueblos honrados son fuertes, los sabios y morales son honrados; pero lo confieso, me gustaría que esa sabiduría se pareciese á la antigua sabiduría del pueblo griego, sin dejar de ser contemporánea. Todas estas condiciones que el venerable historiador enumeraba, son las que dan á los pueblos otra de sus cualidades esenciales, el carácter nacional, igualmente repartido en todo el territorio; y con ellas seríamos, por último, de un cabo al otro de nuestra inmensa tierra, argentinos y nada más que argentinos; viviríamos felices al sentirnos definidos, puestos en limpio, y como tales, bien conocidos y amados por todo el haz del planeta, porque al recibir en nuestro

---

(1) DOCTOR VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Conferencia oral en el Instituto Libre de Enseñanza Secundaria*, el 24 de mayo de 1893.

suelo, como hasta ahora, las oleadas de otros pueblos, los fundiríamos en nuestra masa, les transvasaríamos nuestra sangre, y en breve serían carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos.

Y lo mejor de todo es que los autores de la Revolución de 1810 han pensado y han sabido muy bien todo esto; y cuando se decidieron á romper la secular cadena que nos amarraba á las costas ibéricas, se imaginaban que sus descendientes continuarían, definirían é impulsarían la obra por ellos comenzada. Ahora bien, el saber si lo hemos conseguido, si hemos hecho ó no lo que ellos pensaron, es cuestión muy distinta y cuyo desarrollo nos tomaría largo espacio.

¡ Oh tiempos aquellos que yo me imagino! Cuando lleguen, y durante esos años amanezca el día de Mayo, no ha de haber un solo habitante de la República que no se levante de un salto, y enarbole la bandera celeste y blanca en el tope de su casa; que no revista de flores y de tules sus balcones; que no gaste sus ahorros ó su opulencia en doblar la mesa y en buscar más alegría para su hogar; que no se convierta en niño para bailar y vivarar y reir á sus anchas; los aires han de estar poblados de cantos, de músicas, de descargas, de estruendosas aclamaciones; las calles han de ser ríos de gentes felices y las plazas mares donde se difundan como las avenidas de la cor-

dillera en nuestro Río de la Plata; los templos han de retumbar todo el día con el estrépito de sus órganos desbordados en salmos por sus millares de tubos convertidos en trompas de fama y de gloria; y lo mejor de todo, sí, lo mejor será cuando nuestros veteranos, los bravos batallones de la Patria, que entonces no nos inspirarán miedo, ni zozobras, marchen por nuestras repletas arterias urbanas al compás enardecedor de sus marchas guerreras, y veamos precipitarse á su encuentro los niños, las mujeres, los ancianos, llevando las faldas y las manos llenas de flores para arrojárselas al paso, para rodear sus cuellos tostados por los soles y adornar con rosas y violetas las armas tradicionales de la victoria.

Hasta entonces, y mientras cada uno en su labor cotidiana, prepara la obra del porvenir, ora entre rayos de luz, ora entre sombras, me prosterno ante la imagen incorpórea de mi Patria, y ya que no me es dado aturdir el espacio con un grito de júbilo, inclino mi cabeza descubierta y dejo una lágrima humilde sobre las gradas de su pedestal.

———

## III

Suelen venir ráfagas de indiferencia, á veces culpable, por las cosas de la Patria; pero también de súbito inundan las oleadas de reacción, violentas, devastadoras y, como ya debe suponerse, fugitivas. Duran menos que los lirios, porque nacen y mueren de un impulso de vanidad.

Precisamente los mismos que en los momentos de positiva preocupación del patriotismo acostumbran reir y hacer blanco de sus gracias á los que de buena fe, aunque sin asombroso talento, hablan de la patria y de sus grandezas reales ó fantaseadas por un ardiente amor, son los que se entregan con más exceso á la corriente, cuando pasa por el mundo de la moda ahogándolo, obligándolo á defenderse de ella; aparecen entonces en multitud las *iniciativas*, las ansias de honrar á todos los héroes y sucesos, erigiendo monumentos, bautizando calles y plazas, celebrando reuniones, y por último, publicando listas de nombres distinguidos de personas que *iniciaron* la grande obra.

Ya se sabe quienes fueron los autores. Allí, en esos corazones arde la llama del patriotismo santo. Bien lo demostraron y bien lo sabe la República. No importa que el proyecto de estatua, de monumento, de avenida, ó lo que hubiese sido, quede

sepultado al día siguiente entre el infinito mundo de cosas que se olvidan con el sol que pasó; no importa que los manes sagrados de nuestros mayores sufran en la otra vida el doloroso desengaño de vernos retroceder tan pronto, porque, al fin, los vivos vivimos y los muertos... nunca será tarde para hacerles justicia.

Ocurre algo más aún: que todos sabemos mejor los nombres y los hechos de antiguas ó extrañas historias que los nuestros propios. ¿Y para qué hemos de necesitar saberlos? Cuando más, tal conocimiento sería una fuente de compromisos y molestias en los aniversarios, pues que hemos de llenar las fórmulas, y á alguien tenemos que explicar la razón de izar la bandera en los edificios públicos, y entrar en detalles odiosos ó aburridos! En todo caso ya se encargarán los diarios y papeles públicos, ó uno que otro historiófilo, de averiguarlo é insertarlo á guisa de novedad; y cuando se trate de algo más serio, ahí tenemos á Mitre y á López, para ir á preguntárselo en los casos difíciles; aunque, para mayor conformidad, debemos decretar la inmortalidad física de los dos ilustres autores de nuestra historia, y una permanente disponibilidad de los demás para tener siempre á manera de boletín meteorológico, todas las mañanas, el boletín histórico del día.

No solamente eso, por cierto; tales personas, que

han cometido el error ó pecado original de consagrarse á la historia de la Patria, tienen la obligación de aconsejarnos también cómo y en qué medida hemos de entusiasmarnos por los pasados y heroicos sucesos; porque la cultura de que gozamos y los modales y actitudes colectivas que hemos adoptado para el uso de nuestra buena educación, consisten precisamente en no hacer nada que provenga del propio impulso y sentimiento, siquiera sean patrióticos, sino ajustarnos á indicaciones traducidas de algún idioma europeo, y á figurines más ó menos imperativos.

Por eso nuestras fiestas patrias tienen algo de los salones de gente advenediza, donde todo es estiramiento y rigidez, y donde nadie se atreve á reir, de miedo de ofender el buen tono y de arrugar demasiado la polvorosa piel; por eso aquí los argentinos, los hijos del país, parecemos extranjeros peligrosos ó desterrados, porque tenemos miedo de alegrarnos de veras, cual si por ello hubiésemos de lastimar los sentimientos de este suelo, para nosotros hospitalario; por eso no faltan hombres de otros países, residentes en el nuestro, que nos miran con cierta sonrisa de protección, como sintiéndose más dueños que nosotros, porque lo son de su individualidad y de sus gustos, y también de probarnos que son más argentinos que los mismos que aquí hemos visto la luz.

Más entusiasmo, más bullicio, más aspecto de fiesta suele notarse en los aniversarios de la Bastilla y de la ocupación de Roma, que en los de nuestras fechas memorables, oficialmente declaradas fiestas públicas, por más que plazas y calles se cubran de batallones y caballerías, y electricen el espacio las trompas con sus dianas evocadoras y las bandas con sus marchas solemnes; y por más que el gentío obstruya las veredas y se amontone en las azoteas y flameen unas cuantas banderas en los coronamientos de las casas: lo primero, porque el gobierno hace su deber desplegando desfiles del ejército que ha conquistado y conservado nuestras glorias, y la gente novedosa y amiga de entorchados y de estrépito militar, se apiña á gozar del espectáculo; lo segundo, porque los sublimes ecos y armonías de los clarines inundando el azul del firmamento, buscan los espíritus de los héroes del pasado, ó profetizan epopeyas del porvenir, mas no logran conmover los corazones de esa multitud que no siente sus sagrados efluvios.

## IV

Sí, los extranjeros en cambio, y para ejemplo nuestro, sin iniciativa oficial, ni reglamentos edilicios, ni mandatos de autoridad, con mucho tiempo de anticipación organizan sus comisiones, recolectan sus recursos, dirigen pro clamas é invitaciones para que nada falte á la solemnidad y animación de sus festejos, que parecen hechos en tierra propia, porque así lo quieren nuestras leyes y nuestra costumbre; se agitan centenares de banderas sobre las calles, se celebran conciertos y bailes en los salones de sus mil sociedades de recreo y protección, trasuntos y recuerdos de la patria ausente, se olvidan miramientos y cortedades y se regocijan y divierten apelando á todo cuanto de lícito y honesto se tolera en los reinos del placer.

¡Y no les aprendemos estas cosas, y no nos dan rubor sus francos, infantiles, sanos y sinceros regocijos! ¿Que á veces estamos tristes porque nos gobiernan mal, y seríamos cómplices si nos juntásemos á manifestar nuestras contenidas alegrías? Pues no vemos la razón sino para reunirse de veras en nombre de la Patria, que á todos pertenece, como Dios; y si hay tiranos de por medio echarlos, y si no son tan

malos, darles tregua ese día, para acordarnos que somos hijos de la misma tierra, herederos de la misma tradición, y que sin confundir ambiciones ni responsabilidades, bien se puede dar en común un grito, que es histórico é inmortal, de «¡viva la patria!», — con el cual morían nuestros héroes, — y volver después cada uno á labrar su dedada de tierra en la obra incesante de nuestra existencia y perfeccionamiento.

Así, pues, todas estas cosas nos dan á entender con claridad que no nos conducimos bien en los asuntos que á patriotismo se refieren. No es parte despreciable en este conjunto de cualidades, nuestra gran afición á las exterioridades y á las satisfacciones vanas y triviales de la moda, y de un buen gusto que por el momento se nos antoja poco analizado, admitido por aclamación, por honor á su origen y sin beneficio de inventario; pero en cuyas aras nos sacrificamos vivos, es decir, en cuerpo y alma: en cuerpo porque nos impone sus trajes de toda estación, vengan bien ó mal nuestras excepciones climatéricas: y en el alma, porque al declararnos esclavos suyos, para nada tenemos en cuenta las modalidades, esencia y condición de nuestra raza, de nuestro carácter local.

Así como el rústico, cuando viste traje de ciudad, no acierta en sus movimientos y hasta

se pone trastornado del juicio, los pueblos que adoptan costumbres ajenas á sus tradiciones y caracteres históricos, se vuelven víctimas de mil contrariedades, tropiezos y trastornos, que no sólo les amargan la vida inútilmente, sino que les retardan sin remedio y por épocas indefinidas en su progreso propio y verdadero. Y este tiempo perdido en experimentos y en aprendizaje es irreparable. La eterna rueda de los siglos no camina jamás en sentido inverso; el que no siguió la sentencia marcada por su destino y su porvenir, allá se queda rezagado para siempre.

Estas cosas las debemos reflexionar muy seriamente, por mucho que nos disguste lo trascendental y nos den ganas de apedrear á los profetas, como se ha hecho siempre en este mundo. Nada hay mejor que considerar la patria de uno como el hogar colectivo, trasunto del hogar privado. Aquí todo es virtud, sencillez, franqueza, libertad, amor; allí en el hogar grande, estos mismos sentimientos y principios que individualmente nos sobran, pueden ser magnificados, amplificados, aplicados al mayor número, y en la siempre necesaria medida que el orden y la moral imponen. ¿Veneramos en nuestras casas la memoria del padre querido, cuyo retrato adornamos y exponemos á nuestro cariño en los sitios más preferidos de nuestra vivienda? Pues

hagamos lo mismo afuera, como ciudadanos, con los recuerdos y los monumentos que representan á los fundadores de la nacionalidad, que son los padres de todos, las reliquias comunes de todas las familias que dentro de la tierra argentina vieron la luz del sol.

Haríamos lo propio con las especiales virtudes que dieron lustre á nuestra casa, las cuales se trasmiten á nuestros hijos porque son los únicos blasones de la familia democrática. En el sentido colectivo, los difundiríamos, los inculcaríamos en las escuelas para que fuesen baluarte y timbre de honor de todas las generaciones de argentinos. Si en casa se alimenta alguna noble ambición de gloria ó de legítima exaltación, y enseñamos á nuestros hijos á comprenderla y perseguirla como un ideal de la familia, ¿por qué la Nación no ha de abrigar en su grande alma una ambición nacional de cultura y de inmortalidad, y ha de consagrar para realizarla todas sus energías y potencias, en sabia y prudente dirección?

---

V

Es el día de la Patria; amanece la ciudad coronada de banderas movedizas, de celeste y blanco, matizadas por los colores de las extranjeras asociadas al regocijo; y todas juntas flamean con gracia sobre los altos edificios y al borde de las avenidas, como si se hubieran libertado millares de pájaros tropicales para revolotear encima de los techos cual mensajeras de nuevas felices.

De distintos puntos llegan ya los estampidos de las salvas al sol naciente, ya los agudos ecos del clarín que va á congregar las fuerzas militares, ya los redobles de los tambores tocando á formación; y todas las almas se bañan de alegría y los corazones laten de júbilo. Movimiento inusitado en las casas; hay que salir pronto á la calle, correr á la plaza histórica de Mayo, por donde va á pasar el desfile de las tropas.

Las calles convergentes parecen ríos que derraman corrientes humanas á un gran lago; las mujeres, los viejos y los niños se apresuran en pintoresco tumulto, todos vestidos de lo mejor, á ocupar lugar preferente. No hay techos, ni azoteas, ni balcones, ni veredas, que no estén bor-

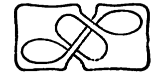
dados de gente ávida, conmovida, anhelante Es el día de la Patria, y todos han olvidado tristezas, preocupaciones, recelos y temores para ir á presenciar el paso de las armas lucidas que sostienen el nombre argentino en el continente.

Día es éste para los soldados de recibir aplausos y miradas cariñosas de todo el pueblo, que confía en ellos el tesoro de su paz y su trabajo, de su nombre y de su gloria; por eso quedan bien las relucientes plumas en las cabezas de los jefes y los galones y entorchados que suelen ofender en los días ordinarios; por eso se ven con simpatía las bayonetas bruñidas de los infantes, los sables de los caballeros y los cañones que ruedan con sordo estrépito sobre el pavimento. Todo es bello en ese día y pertenece á las armas todo el esplendor de las fiestas. Reminiscencias de tiempos heroicos acuden á la mente y la nublan con indefinible tristeza, dejan humedecer aunque levemente las pupilas y se sienten las fibras conmoverse de manera extraña cual si se aproximase un combate. También las bandas militares, con cierta hermosa confusión, contribuyen en mucho á este fenómeno psicológico de la contemplación apasionada del pasado. El himno argentino con sus acordes gigantescos sacude las fibras; la marcha de Ituzaingó re-

cuerda la primera victoria de la nación flamante, y los coros vibradores, agudos, solemnes, quejumbrosos, de los clarines, marchan lentamente como las procesiones triunfales de los héroes antiguos, resuenan con la majestad de cantos sagrados y repercuten en lo alto como los de las legiones invisibles de Milton, mientras á corta distancia les responde el potente redoble de la línea de tambores. Este espectáculo se presenta en distintos puntos de la gran columna del desfile marcial, y esa armonía grandiosa del conjunto se va alejando más unísono, más conmovedor y más solemne, semejante al rumor de una catarata que se despeñase á lo lejos entre las profundidades de una montaña: todo eso contemplado con interés patriótico y con sentimiento de artista, constituye un cuadro digno de la grandeza histórica del pasado y del rango de la República en el presente.

Cada una de esas banderas rojas y descoloridas que van á la cabeza de los cuerpos es una página de gloria, y muchos de esos soldados de tez morena y aspecto grave han sido los actores en grandes batallas y en campañas penosas; y marchan confundidos sin que nadie conozca sus nombres y sin que nadie pueda arrojarles una corona. Pero no importa: son los héroes ignorados, son la sangre del pueblo argentino ofre-

cida en holocausto á la bandera, son los que guardan y representan el honor del cuerpo, el orgullo de sus jefes y la más firme esperanza de la Patria.



# PARTE SEGUNDA

## CAPÍTULO VII

### LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

#### I

Es agradable al espíritu poder concentrarse en la meditación sobre sucesos pasados, seguir su desenvolvimiento en el tiempo y analizar los efectos que produjeron y su influencia en la cultura y en las instituciones. Los acontecimientos diarios con su arrebato y su rapidez, apenas si permiten detenerse á contemplar el conjunto del cuadro, y deducir las leyes generales en medio de la multiplicidad y del detalle; y nosotros tenemos mucho que observar para ver cómo hemos sabido conservar y acrecentar la herencia recibida de los que establecieron la Nación y la dotaron de su territorio y soberanía.

Aquellos, como los del Congreso de Filadelfia en 1776, reunidos por elección de las diversas secciones del Virreinato, forman una asamblea, asumen la representación de los derechos colectivos de sus contemporáneos y demás vastos y universales derechos, y declaran que quieren constituir una sola y misma personalidad, desafiar al tiempo y comprometer ante el mundo civilizado su honor y su existencia; pues aun manteníanse en guerra con la metrópoli, y aquella declaración lanzada el 9 de Julio de 1816, significaba una resolución heroica y extrema de cumplir la palabra empeñada ó perecer en la contienda.

Y ellos vencieron y fundaron nuestra Patria, en medio de sombrías vicisitudes, desgarramientos y decepciones, durante las cuales fueron uno á uno entregando sus vidas al hierro del enemigo ó á las fatigas de la lucha cívica, algunas veces más mortífera que la del campo de batalla; porque combatían con los propios errores, con los obstáculos internos, las tendencias disolventes que aparecían antes que la unidad política se constituyese, personificadas en organismos compactos, conducidos por hombres que sintetizaban su idiosincrasia ó sus impulsiones nativas.

La tarea de los hombres aquellos que asistieron al drama heroico de la Revolución, que formaron el Congreso de Tucumán, que sostu-

vieron en pie, entre victorias militares y desastres cívicos, el cuerpo de la nación recién nacida, hasta la generación infortunada que la vió caer, libre ya pero exhausta, en el fondo, de un despotismo nacido como visión terrorífica durante el sueño de la fatiga, ha sido realmente una tarea grandiosa, y sus caracteres históricos marcarán en el porvenir los de la personalidad surgida de ese supremo esfuerzo.

¿Qué hemos hecho nosotros para engrandecer y embellecer aquel legado? ¿Cuál es la cuenta que debemos rendir hoy á los antepasados, cuyos manes nos interrogan desde sus tumbas, dispersas por el ostracismo y el infortunio? ¿Qué uso hemos hecho de la soberanía que nos transmitieron, y de la libertad con que nos bautizaron al dejarnos dueños de la vida y de nuestro propio destino?

Somos una gran nación en el continente; nos designamos en el lenguaje de nuestro amor propio, con epítetos ostentosos y resonantes, cual si hubiésemos acrecentado la herencia por nuestra sabiduría ó nuestro poder militar; nos vanagloriamos de poseer las instituciones más libres del mundo; que tienen como ilustres progenitores tres revoluciones inmortales, — la que conquistara el Bill de Derechos en 1688, la que erigió la Unión Americana en 1776, y la que

proclamó los derechos del Hombre en 1789, — hemos abierto las puertas de nuestra tierra, de nuestro hogar, á todas las naciones, ofreciéndoles asilo en la desgracia y alicientes de prosperidad y de fortuna; somos « tierra de promisión » para los oprimidos y los menesterosos; nuestros dominios se extienden todavía vírgenes, incultos y espléndidos hasta latitudes desconocidas, ofreciendo expansión y hogar para siempre á todas las razas y á los hijos de nuestros hijos; y esta revolución cuya órbita se desarrolla en menos de un siglo de independencia, y menos de medio siglo de existencia ordenada y constituída, es la demostración evidente de la asombrosa vitalidad interna de este país, del vigor excepcional de su organismo, de las proyecciones de su destino histórico y del incontrastable poder de las leyes etnológicas y sociales que rigen las agrupaciones de sus habitantes.

Así se explica que no hayan podido reconquistarlo sus antiguos dueños durante azarosos días de la Revolución, ni destruirlo la anarquía desde 1816 á 1820, ni aniquilarlo el despotismo hasta 1852, y que al llegar á la Constitución, hubiese tenido aún sangre que derramar y fuerza para esgrimir las armas, en las luchas intestinas que fueron la consecuencia y el séquito necesario de errores y de excesos comunes. Ha habido en

todos esos períodos patriotismo para salvar el tesoro intacto de los mayores, prefiriendo perder las vidas á desmembrar la tierra y destruir la unión; y hubo siempre en el pueblo valor y entereza para sufrir sin deshonrosas abdicaciones la usurpación de los derechos por gobernantes extraviados, y para imponerlos ó salvarlos cuando corrieron inminente riesgo de muerte ó de olvido. El pueblo argentino ha hecho en todo tiempo honor á los que le dieron su libertad, y aunque á veces vacilante, ensayando el paso, tanteando en las tinieblas, él supo conservarla y defenderla á costa de su sangre generosa, que parece manar de fuente inagotable.

Los congresales de Tucumán tuvieron el concepto claro y preciso de fundar una nación democrática y republicana, y dotarla de una Constitución ó carta política que definiese su gobierno, deslindase los derechos y los deberes de ciudadanos y mandatarios, y estableciese los fundamentos de la libertad y del poderío material y moral de la futura Patria que ellos no verían, pero cuya existencia era obra de su inteligencia y su valor; los de 1853 y 1860 ejecutaron definitivamente la voluntad del soberano Congreso de 1816, fundando un organismo compuesto de pueblo y gobierno, de cuyo consorcio y armonía, de cuya independencia y mutuo respeto, resultaría la rea-

lización del ideal supremo de todos: la libertad y el bienestar general.

Dictar la Constitución era organizar un gobierno definitivo; asegurar después de tantos ensayos y desastres la marcha serena y ordenada de todos los intereses en desarrollo gradual y progresivo, era cerrar el ciclo de las batallas y de las tiranías para empezar la vida nueva, encauzada en moldes definidos pero amplios, para cambiar fundamentalmente sus rumbos generales. Tales fueron los votos de aquella memorable asamblea de patricios, reunida en Tucumán el 9 de Julio de 1816, al resolver que se convocase el Congreso Constituyente.

Han transcurrido ochenta y tres años desde aquel día, y hoy, en medio de los esplendores de una civilización maravillosa, en que los inventos y las instituciones universales han transformado la faz de la humanidad, dando carácter especialísimo al final de nuestro siglo, cada aniversario nos encuentra batallando como en los primeros tiempos de nuestra historia constitucional, por fundar un gobierno que sea la expresión leal de la voluntad soberana, la representación legítima de las cualidades, de las energías y los anhelos de la Nación, el instrumento ideado para hacer prácticas las libertades consagradas en favor de los ciudadanos y de los Estados autonómicos, la fuer-

za que arrastre al conjunto y lo impulse hacia el progreso de todos los órdenes sociales sin vacilaciones reveladoras de impotencia, ni excesos de poder que desequilibran las diversas partes del organismo nacional y anulan en un día la labor de muchas generaciones.

Manifestación elocuente del espíritu público argentino en la hora presente son las mudas inquietudes y las zozobras que el porvenir le causa, como si no viese en la actualidad quién va á conducirle por el áspero camino, á salvarle de las dificultades de hoy y guiarle en medio de los intrincados problemas sociales, políticos y económicos que, iniciados en este momento histórico, prepáranse á provocar hondas perturbaciones en días quizá no lejanos. Siéntese como no preparado á emprender la tarea del mañana, con sus fuerzas consumidas y sus hombres fatigados, y cual si pidiese nuevos horizontes, nuevos rumbos y distintos y diversos ideales; porque en medio del incesante perfeccionamiento de todas las cosas, parecería que sólo entre nosotros todo hubiese quedado estacionario é inmóvil.

---

## II

Por nuestra parte, — lo hemos dicho ya muchas veces, — la clave de todas las dificultades, resolución de todas las dudas, el fin de todas las zozobras, está en una operación de conciencia que debe ser ejecutada por todos, puestos de acuerdo patrióticamente, ó impulsados á ello por una acertada dirección de los negocios públicos y de los estudios en los cuales la juventud se prepara á actuar en el movimiento social. Debemos resolvernos enérgica y honradamente á proceder con plena sinceridad en el examen de todos los problemas internos, en el ejercicio y cumplimiento de los derechos y deberes escritos en la Constitución y las leyes y debemos adoptar la religión de la verdad, respecto de los extraños y de nosotros mismos, tanto con relación á nuestras condiciones sociales, como á las económicas y financieras, y por último, á nuestras deficiencias y necesidades.

Analicemos con sinceridad y con verdad, aunque nos cueste intensas amarguras, nuestro carácter, nuestras tradiciones y costumbres, para derribar y abolir lo que se hubiese levantado sobre base movediza y no sobre la dura piedra; para formar la noción hasta ahora desconocida, de la responsabilidad histórica de los autores individuales ó

colectivos de los males públicos, y empezar un ciclo nuevo, auxiliados por la experiencia dolorosa del pasado; porque al fin la vida de los pueblos es eterna, y es absurdo sacrificar la gloria de la Patria en el futuro, al convencionalismo de respetar las cosas existentes sólo porque existen, y de no derribar falsas creencias, principios errados ó hábitos mal adquiridos.

Tenemos que meditar y saber si tenemos ó no en verdad las instituciones que proclamamos escritas; si el voto popular es un hecho y si se enseña al pueblo la verdadera moral democrática; si los organismos representativos de nuestro gobierno son una manifestación inequívoca de la voluntad soberana, y no una impostura implantada por la costumbre erigida en doctrina; si gozamos en realidad de los beneficios de la libertad que al darnos Constitución se propusieron nuestros padres y nuestros legisladores, ó si esta hermosísima promesa debe ser inscripta entre las numerosas paradojas ó mentiras convencionales de nuestro tiempo, sancionadas por la fuerza de los hechos consumados, aunque, por fortuna, no sean irreparables.

Por cuanto respecta á la masa popular, á la gran mayoría de los gobernados, no se imponen deberes menos sagrados y menos fundamentales. Nos falta mayor suma de educación nacio-

nal, más cultivo de los sentimientos que vigorizan, acrecientan y confortan esa virtud del patriotismo, que otros pueblos cultivan y estimulan para ser fuertes en las adversidades domésticas é invencibles en la guerra. Así nosotros, el día que nuestros derechos y libertades y nuestras instituciones fuesen carne y conciencia, como conceptos inherentes á la idea de patria, no habría usurpadores que las violasen, porque temblarían ante la indignación del pueblo, que entonces no necesitaría caudillos que lo condujesen á la matanza, ó á reemplazar unos hombres por otros, sino que, alzándose majestuoso con la majestad de su derecho y su soberanía, juzgando como juez, deliberando como legislador originario, imprimiría el sello de su voluntad y sentimiento á los negocios comunes, con sólo abrir una urna y echar en ella los votos que invisten con su mandato á los elegidos. El patriotismo inoculado en el seno del hogar, enseñado en la escuela, atemperado después con la experiencia, pero siempre alimentado en toda la edad de la vida, será la fuerza incontrarrestable de esta República llamada á tan grandiosos destinos, como lo fuera de otras que hoy imponen al mundo su dirección y sus leyes.

Esa fué la virtud fundamental y única de los hombres de 1810 y 1816; y por eso, con escasos

caudales de ciencia, pero con riqueza de fe patriótica, de convicción moral y de valor, desafiaron el porvenir, lanzándose solos en la vida independiente antes de terminar la guerra, y empeñando sus vidas y su honor ante las demás naciones.

Sinceridad, verdad, moralidad y patriotismo en todas las relaciones internas y externas de nuestra vida nacional, son las piedras angulares del monumento que las generaciones de hoy debemos exigir al futuro, para cumplir los mandatos del testamento político de nuestros héroes, fundadores de la Nación y padres de la Patria. Así, y mediante la práctica constante de tan elevadas virtudes, podremos con la frente levantada pedir al mundo su fallo, y ofrecerle tranquilos el hogar de nuestros hijos y la tierra donde nuestros antepasados duermen el sueño infinito.



# CAPÍTULO VIII

## FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA

Pasarán las décadas y los siglos sobre la faz de nuestra nacionalidad, y la acción del Congreso de Tucumán será más estimada, porque será más íntimamente comprendida.

Son tantas las consideraciones que el recuerdo de esa ilustre corporación sugiere, en relación con nuestro desarrollo histórico, nuestra moral política y nuestro porvenir institucional, que apenas bastaría el espacio consagrado á este libro para condensarlos: toda la vida de la nación se refunde en aquella sola página que contiene la declaración de la independencia argentina.

Los caracteres de aquel Congreso han sido diversamente estudiados, ya del punto de vista de sus hombres, ya del valor de la representación con que concurrieron al desempeño de sus funciones. Hay quienes aminoran su transcendencia por el

hecho de que algunas provincias, convulsionadas por sus caudillos, no subscribiesen el acta inmortal que decide los destinos de las Provincias Unidas.

Hoy no se puede ya desconocer los orígenes eminentemente populares de los diputados de Tucumán; y el hecho de hallarse representada la casi totalidad de las provincias, comprendida Buenos Aires, según las más elementales nociones del derecho público y natural, basta para dar á su decisión todo el sello de la soberanía del país, entendido en toda su extensión en aquel momento histórico.

Lo que admira en él é invita á la meditación, es la profunda sinceridad patriótica con que proceden á cumplir su misión. Así lo demuestra en su manifiesto, con todas las ansias, desfallecimientos y energías supremas que movieron aquel voto inmortal.

El año 1815, la causa de la libertad estaba perdida, y más aún los rumbos de la política revolucionaria. Pero entonces es cuando hablan los sentimientos superiores y se manifiestan las fuerzas últimas conservadas en el fondo de las almas para la salvación providencial. En estos casos se invocan todos los ideales, las creencias y los amores: Dios, la Patria, la Libertad.

Cuando todo desmayaba y parecía disolverse en

la catástrofe más espantosa, los humildes representantes de las Provincias Unidas sienten revivir en los corazones los alientos que la convicción política es incapaz de suministrar, y el sagrado vínculo que une á los hombres con la tierra en que nacieron, la voz incontrastable del honor empeñado en universal contienda, el imperio del deber contraído ante el pueblo elector, de hacer lo que fuese digno de los hombres, de la causa y de la gravedad de las circunstancias, infundieron en aquellos espíritus venerables la fuerza heroica y la claridad inspirada de las soluciones irrevocables: invocando á Dios que preside la marcha de la humana grey, declarando ante el mundo rotos los lazos que ligaban este suelo con la madre patria, y su propósito inquebrantable y eterno de mantenerlo libre también de cualquiera otra soberanía extranjera.

El fallo ha sido pronunciado; se siente en toda la asamblea, puesta de pie en religiosa solemnidad, ese efluvio suave y confortante que emana de las grandes acciones, y en todo el país la influencia benéfica de la fe en los destinos futuros, que luego las armas de San Martín harán cumplir sobre una gran parte de la América.

¿Dónde estaba el secreto de aquella fuerza que condensa en un voto la suerte de una gran revolución, el porvenir de una posteridad y la causa de

medio continente? Acaso valgan menos para explicarlo las comprobaciones históricas, las compulsas de manuscritos y el examen de testimonios, que el conocimiento del espíritu social de la época, la ciencia y la educación de los hombres que constituyeron la asamblea, de aquellos «frailes sabios», como los llama Sarmiento, de aquellos doctores de Córdoba y Chuquisaca, según Avellaneda, formados en el trato de la docta y sencilla antigüedad, bajo los cálidos estímulos del suelo, del hogar, del estudio, sin las inquietudes de la fortuna, del patriotismo, sin las debilidades de la ambición.

Esos patricios vivieron y lucharon bajo un clima moral más rico en flúidos enérgicos, más despejado de causas morbosas, más nítido y puro, de manera que se sentían en contacto más íntimo con la *terra mater*, con el calor de su alma y las fuerzas ocultas de su espléndida naturaleza: aquel voto fué un voto nacional incubado en la lenta gestación de una cultura patriarcal, donde tan hondo arraigan los afectos generadores de sucesos y de acciones heroicas, y,—como advierte el segundo de los escritores antes nombrados,—lejos de la atmósfera disolvente, esparcida por la revolución francesa, y que desde 1810 hasta nuestros días pugna por infiltrarse en el organismo, y transformar la savia originaria de nuestras instituciones políticas y constitución social.

Quizá es ésta una lección clarísima, una advertencia elocuente para los que gobiernan la enseñanza de los millares de niños que serán la nación de mañana; y á quienes quisiera convertirse en receptáculos errantes de todas las ciencias, las artes, las teorías, aun á expensas de la pureza y solidez de las virtudes y rasgos fundamentales, que son como el ***substratum*** sobre que se asientan todas las enseñanzas y las promesas y las combinaciones del futuro. Puede ser, por tanto, un ideal digno de enunciarse en estos días, el de ver simplificada la obra de la cultura, por una selección inspirada en propósitos definidos, en ideales nacionales honda y sabiamente escrutados.

Pero debe recordarse también que el Congreso de 1816 es el creador de la República como forma de gobierno del país. Como tal reclama de sus descendientes actos sucesivos de justiciera glorificación, pues por sus labios hablaron la sangre y el espíritu de la nueva nacionalidad, aun en medio del temeroso rumor de los desastres.

Esa asamblea de sabios y políticos de la época, — alucinada por el éxito de la realeza triunfante en Europa, seducida por la conmovedora elocuencia de Belgrano, y más que todo, convencida por el patriótico horror de la derrota definitiva que hicieran presentir las de Vilcapugio y Ayohuma, —no tuvo valor para dejar sin su efecto y su virtud

la inesperada protesta de Fray Justo Santa María de Oro que reclamaba, para decidir de tan fundamental problema, el derecho de las Provincias comitentes á ser oídas en particular sobre la cuestión.

Ni el prestigio de las armas de San Martín y de Belgrano, que sostenían la forma monárquica en aquel momento, ni las abundantes razones que surgieron, todas inspiradas en el noble propósito de salvar á la Patria de inminentes peligros, fueron bastantes á conmover la sincera, genuina y honda inspiración del fraile y patriota extraordinario, que con más derecho que Cicerón en su memorable y clásica arenga, pudo exclamar á la faz del mundo:

— « Juro que he salvado la Revolución y la República ».

Es justo en estos tiempos, cuando de todas partes llegan á nuestra sociedad las influencias heterogéneas que trabajan y enferman el espíritu humano en la hora presente, evocar las sombras protectoras de los diputados de 1816, á quienes debemos ahora y para siempre venerar como á los manes sagrados de la Patria, que así velan por ella en la prosperidad como la salvaron de la ruina y de la muerte, pues son más peligrosas y sombrías las asechanzas de la fortuna que los riesgos de la guerra, en que todas las virtudes renacen y las muertas energías se retemplan.

---

# CAPÍTULO IX

## LOS HOMBRES DE 1816

### I

Por más que se hayan publicado volúmenes, folletos y monografías sobre los sucesos de la Revolución de la Independencia, y en particular se haya disertado sobre las profundas perturbaciones anárquicas, las vicisitudes de la idea constituyente y los caracteres de los personajes del agitado drama de nuestra contienda institucional, no puede asegurarse aún que tenemos una historia completa, ni que hemos abarcado todo el conjunto, ni conocido cada una de las influencias diversas que movieron sus episodios.

Durante una larga época hemos entendido por historia la relación de hechos desde el punto de vista de las pasiones personales de los actores, de

las ambiciones en conflicto, de los intereses más ó menos extensos en lucha; y por falta de elementos bastantes de juicio y de investigación, — que no es obra de un solo hombre y muchas veces ni de una generación entera, — hemos reducido el campo de acción de las leyes de nuestra evolución social á algunos pocos centros de los numerosos en que se distribuye la fuerza orgánica y evolutiva en tan dilatado territorio.

No puede ser historia nacional la que sólo toma en cuenta agentes parciales del desarrollo de un pueblo. Será más ó menos amplio su criterio, será más ó menos intensa su observación, pero desde que faltan algunos factores esenciales en el análisis, será siempre deficiente, incompleta ó falsa; y tanto más cuanto que los sucesos ú hombres que se estudian han tenido parte más importante en la formación de este gran resultado, de este vasto conjunto que llamamos *civilización.*

Hoy la historia no puede ser sólo el relato animado y ardiente de los tumultos y las batallas que la libertad y el heroísmo producen, ni las minuciosas referencias de las intrigas, pasiones, rencores ó disturbios que la pequeña ambición ó el afán del bien público encienden entre los hombres. Ella es algo más grande, más fecunda, más útil; estudia las leyes generales y locales, las influencias del medio ambiente é intelectual, pesa las ideas y sen-

timientos dominantes en la época, sobre la sociedad, la multitud y los hombres directivos, para deducir con exactitud y claridad, lo que el pasado encierra de enseñanza para el porvenir.

Luego, nosotros no hemos vivido aún bastante para alejarnos del fuego de las contiendas que perturban el juicio, que causan aberraciones del criterio como las del calor ó de la luz, para desprendernos de nuestras afinidades políticas, doctrinales ó regionales, de las que no podemos prescindir, porque somos átomos de un medio social, sujetos á las leyes físicas y morales que lo definen y caracterizan.

Cuando se ha tratado de explicar la magnitud de la obra realizada por los hombres del Congreso de 1816, se han expuesto las diversas teorías conocidas en nuestra historia política. Ellas debelan una parte del problema, pero no todo el problema. Atribuyen más importancia decisiva en la declaración solemne del 9 de Julio, á las urgencias, instancias, imposiciones ó premura de los bandos y las facciones, y á las influencias individuales de los caudillos y capitanes de armas, que no á la natural y espontánea inspiración de la asamblea misma, como conjunto de representantes inmediatos de la opinión de todas las regiones del país, que aun se dilataba hasta las fronteras del Virreinato.

No se tiene tampoco en cuenta la calidad social é intelectual de los miembros de la Asamblea. Error este último gravísimo, pues importa el olvido de las ideas, las doctrinas, los sistemas políticos y morales bebidos por aquellos hombres en las universidades de Lima, Chuquisaca y Córdoba; en los colegios conventuales de la época, alguno de los cuales, como el de Recoletos de Catamarca, sabía formar « héroes y mártires »; en la irrupción fecunda de los dogmas filosóficos del siglo XVIII y de la Revolución Francesa; y en la influencia nada insignificante, de los principios de aquella otra revolución, generadora inmediata del derecho republicano, la de 1776 en las colonias inglesas de América.

Si sólo hubiesen influído en la marcha y decisión irrevocable del Congreso, de quemar las naves de la Revolución en pleno desastre, las voluntades hermanadas de San Martín y Belgrano, — jefes reales ó virtuales de dos grandes circunscripciones militares, — los diputados impersonales ó insignificantes, anónimos ó aldeanos, como quisiera describirlos un elocuente orador argentino, no habrían tenido valor cívico suficiente para desechar las insinuaciones monárquicas de aquellos dos capitanes; y si la influencia dominadora del día hubiese sido la del miedo al enemigo común ó al interno de las facciones, mucho menos

habríanse levantado al más alto nivel moral que asamblea alguna alcanzó en los tiempos modernos, hasta el punto de lanzar desde lo más hondo del desaliento en la causa de la guerra, el reto á muerte, la declaración definitiva de ser libres de toda dominación extraña y de la metrópoli.

## II

Su decisión suprema en aquellos días obscuros de 1814 á 1817, nacía, entre otros orígenes ya estudiados, de fuentes más remotas y poco analizadas por los que hasta hoy han empuñado el cetro de la historia patria. Y si algunos han procurado con perspicacia y curiosidad ingénitas penetrar en este vasto campo de la crítica, no han podido profundizarlo, por las deficiencias mismas de los instrumentos de observación. Habría sido necesario,— y lo será siempre,— investigar en los archivos de los viejos institutos que hacían la cultura intelectual de la colonia y de las primeras décadas de nuestro siglo, cuáles eran las enseñanzas, las influencias más profundas, las que más amplio espacio recorrieron en el espíritu social de nuestro continente y en particular de nuestro país, y cuál y de qué intensidad era el vínculo que ligaba á los estudiantes de aquellas universidades semiteo-

lógicas, con la grande, heroica y luminosa an-
güedad clásica.

No seremos nosotros quienes sostengamos que las universidades de Lima, Chuquisaca y Córdoba, que el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires y los colegios conventuales eran el tipo del instituto representativo de la cultura universal de su época, — porque sería cometer un anacronismo garrafal y afirmar un absurdo; — pero sí debe decirse que ellos obraron con doble acción sobre el espíritu de la sociedad que se desenvuelve en esta América en los siglos XVII y XVIII.

La primera es la influencia educadora intrínseca, consubstancial, de las lecturas clásicas tomadas en los más puros modelos latinos, como Tácito, Tito Livio, Cicerón, Horacio, Virgilio, por más incompleto que fuese su estudio; á lo que se agregaba el conocimiento de los padres de la Iglesia, en los cuales, como en San Agustín y Santo Tomás, para no citar otros menores, junto con el teólogo y el místico, van el filósofo y el político; y la semilla echada en tierra fecunda germina y fructifica, sin que se elimine en el producto ninguno de los caracteres esenciales del tipo ordinario.

La segunda acción de esta enseñanza es la refleja, que se opera desde el instituto ó la escuela sobre el hogar y la masa del pueblo, por el intermedio del niño y del joven que lo frecuentan

en su diario aprendizaje. El espíritu juvenil no puede menos de sentir nobles y saludables emociones ante la obra de arte revelada en forma más ó menos perfecta, más ó menos velada por el dogma religioso, social ó político: y la emoción es la fuerza invencible con que el arte realiza la conquista del mundo, porque es centrífuga, comunicativa, expansiva.

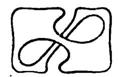
Así el espíritu luminoso de la alta antigüedad, transmitido á los alumnos togados, en las confidencias solitarias de la celda, en las lecciones magistrales y solemnes de la cátedra, ó en la socrática conversación del lector de Artes en presencia de la naturaleza, pasaba como filtración invisible y difusa del aire mismo, al alma de toda una sociedad diseminada, segregada en núcleos autonómicos en regiones numerosas y distintas, donde el grupo señorial, solariego ó municipal, sentía, sin darse de ello cuenta, las influencias poderosas de la idea, del entusiasmo, de la pasión abstracta é ideal del hombre de letras, de cánones ó de leyes.

Sostener, pues, que los hombres del Congreso de 1816 no eran entidades individuales, verdaderas fuerzas y caracteres, porque se neutralizaban en el conjunto y en medio de los prestigios, temores é incertidumbres de los días aciagos en que les tocó actuar, es hacer una afirmación sin

suficiente conocimiento del medio social, intelectual y moral de aquella generación. Esa asamblea ilustre, aquel « ilustre senado », como le llama un noble espíritu de nuestras letras, era la condensación de todos los elementos sanos, los productos aquilatados, los resultados remotos de dos siglos de evolución y de comunicaciones secretas, diremos así, entre la antigüedad clásica y la naciente sociabilidad americana de origen español.

Era más todavía: la fuerte y robusta expresión de la libertad misma, entrégada sin reatos á la labor electiva de sus poderes de gobierno. En ese sentido, al contemplar allí, en el pobre salón de Tucumán, congregados á los legítimos enviados de los pueblos, se debe y es justo decir que el Congreso de 1816 ha sido la asamblea más nacional, más argentina y más representativa que haya existido jamás en nuestra historia. Por eso cumplió, acaso, el voto más íntimo de la voluntad y el sentimiento de la tierra nativa, declarando á la faz del mundo, en medio del fracaso de sus armas en el Norte y de terribles amenazas por el Oriente y el Occidente, la resolución inquebrantable, abonada por la sangre y la hacienda propia y de sus sucesores, de ser para siempre libres é independientes: libres por su gobierno propio, independientes de toda soberanía exterior.

Descubrámonos siempre respetuosos ante las sombras venerandas de aquellos que, como ningunos otros, deben ser invocados como padres de la Patria, en todos los momentos en que la Nación de hoy necesite las altas virtudes de ayer, así para conservar y aumentar el legado de las libertades internas, como para mantener y honrar la visión grandiosa de la nacionalidad, que les impulsara á la más heroica de las acciones que sea dable al historiador argentino describir y profundizar.



# CAPÍTULO X

## FRAY JUSTO SANTA MARÍA DE ORO

### I

Cada nueva estatua levantada sobre la tierra argentina, significa una evocación del pasado y un impulso hacia el porvenir. Estos trozos de bronce son idea y sentimiento en el pueblo que los levanta, luz genial en poder del arte que los modela, y después, sugestión perenne de gloria y de recuerdo en los rasgos personales que sus líneas perpetúan.

Hay algo inusitado, misterioso, conmovedor en este monumento alzado allí, tan lejos, cerca de los límites occidentales, señalados por la más alta montaña de nuestro continente: se nos figura el arte, realizando sus maravillas reveladoras en las soledades antes inaccesibles y obscuras, si no era para la soldadesca sanguinaria y para la tea del

incendio, rojo y humeante como la sangre de sus víctimas.

Los juicios de la posteridad se asemejan á los juicios de Dios, en que no llegan jamás á un tiempo para todos, á no ser las catástrofes y los infortunios irreparables: en los reinos de la gloria no se ven entrar sino sombras solitarias, á cuyo paso se iluminan los cielos y cantan singulares salmos las arpas invisibles. Sólo es dado á los héroes que caen en las batallas, barridos por el fuego, inmolados sin conciencia de sí mismos por tenerla sólo de la Patria, el hacer entradas colectivas en la región de los inmortales.

Pero entonces en la tierra, la historia y la epopeya celebran la honra de una multitud, de un pueblo, de una nación, y sus descendientes levantan en medio de las vastas planicies las columnas de granito, mudas en su innarrable elocuencia, ó sobre la tierra ennegrecida por la sangre anónima, se alza espléndida, deslumbrante, vaporosa de genio, de blancura y de belleza la Victoria de mármol, que sólo la barbarie mutila después y escarnece, si bien jamás puede exterminar.

Figura singular, llena de propio resplandor y, en cierta faz, única, es la del hombre cuya memoria el pueblo de San Juan ha consagrado sobre su pedestal. Fué un religioso humilde; «alma angélica, en quien las dotes del corazón y la cabeza

estaban equilibrados», dice Mitre; «energía de carácter, pertinacia de designio que engendra las grandes cosas», burila Sarmiento, quien, además, agrega que «el primogénito Oro fué destinado á seguir bajo el hábito domínico, la no interrumpida cadena de «frailes sabios de la familia». En el escenario de los *Recuerdos de Provincia*, la sombra venerable y paternal del Obispo de Cuyo, tiene reflejos de santidad que nacen del sacerdocio, pero también del corazón: «virtud, ciencia, patriotismo», podían ser palabras que se inscribiesen en el pedestal de su estatua.

Se ha dicho con profunda verdad que no hubo en nuestra historia asamblea más penetrada del espíritu argentino que la conocida con el nombre glorioso de «Congreso de Tucumán». Muchos de aquellos «frailes sabios», con su propia y especial sabiduría, y también muchos seglares modestos venidos de los más obscuros y pobres hogares de provincia, sentáronse en esas bancas. Hasta entonces su vida, sus honores y su fama reducíanse á las faenas del fundo hereditario, del hogar secular, del convento ó de la cátedra de sagradas letras; á las honradas funciones y pobres vanidades que el cabildo podría despertar en almas tan llenas del bien ajeno; al amor y al respeto de los suyos y de los que vivían bajo el mismo sol, entre los muros de la misma aldea desmantelada y silenciosa.

¿Quiénes eran aquellos varones que merecieron el insigne honor de la investidura popular, en el más ilustre de nuestros congresos? «Son eclesiásticos en su mayor parte, — escribe Avellaneda,—y doctores todos de Córdoba y de Chuquisaca. No habiendo vivido en la ciudad capital del Virreinato, y sin haber salido del interior de su país, han permanecido extraños á las influencias que vienen de afuera. No conocían los libros con que la Francia había removido los espíritus en el siglo XVIII, y si los acontecimientos de su revolución llegaron á sus oídos, había sido solamente para inspirarles un santo horror».

No procedían, entonces, la ciencia y el sentimiento que los movieran á resolución tan suprema, de ninguna teatral imitación, ni menguados ó transitorios cálculos: había una influencia profunda del suelo, de las tradiciones, de las lenguas antiguas en las que respiraba la Roma grande de la República, el cristianismo puro de la predicación y el martirio, la España inmortal de los comuneros y conquistadores. Y aquellos cabildos convocados á son de campana en medio de la expectativa y la congregación adicta del vecindario, son los poderes electorales de donde surgen los miembros del Congreso, de aquella asamblea inmortal de «frailes sabios» y de doctores de Córdoba y Chuquisaca.



II

Lo que da relieve majestuoso al Congreso de Tucumán, aparte del valor individual de sus hombres, es el negro fondo de inquietudes en que se perdía, en el año triste de 1815, la causa de la libertad. Lanzado el grito de la emancipación, era necesario no derrumbarse en un abismo de impotencia.

Derrotadas las armas en Vilcapugio y Ayohuma, dispersa y perdida la unidad de la guerra y de la política, amenazador y adusto el porvenir y ensangrentado el fantasma de la anarquía, aquel núcleo solitario de frailes, doctores y patricios, congregados en la sala de Tucumán, sienten la inspiración salvadora del momento histórico, y de lo más hondo de la debilidad arrancan la fortaleza invencible, la rehabilitación absoluta y definitiva de la empeñada contienda.

« Van á emanciparse de su rey, y toman todas las precauciones para no emanciparse de su Dios y de su culto ». Extraños á las distinciones modernas entre las democracias, repúblicas, aristocracias y monarquías, buscan sólo la salvación de la Patria, y no vacilan en aceptar la última, como más vinculada á la tradición y más aparente,

en su concepto, para acrecentar la fuerza y el vigor de la lucha, y quizá desafiar las incertidumbres del porvenir desconocido.

En este instante la apacible figura del dominico de San Juan, se eleva sobre sus compañeros y sobre sus contemporáneos con todas las líneas de los caracteres superiores; y su profunda y santa sinceridad le inspira la conducta inflexible que imprimió á nuestra Nación, para siempre, el sello de la libertad republicana. Fué en la sesión del 15 de Julio, y mientras se discutía la base quinta de las deliberaciones del Congreso,— sobre la forma de gobierno más adaptable al estado actual del país, «y más conveniente para hacer prosperar las Provincias Unidas», — cuando, según el *Redactor*, «tomó la palabra el diputado Oro, exponiendo que para proceder á declarar la forma de gobierno, *era preciso consultar previamente á los pueblos... y que en caso de procederse, sin aquel requisito, á adoptar el sistema monárquico constitucional, á que veía inclinados los votos de los representantes, se le permitiese retirarse del Congreso*, declarando ante quién debía verificar la renuncia de su empleo. Se le contestó detenidamente por algunos señores diputados, y *no cediendo á sus convencimientos*, terminó la sesión».

Cuando se dice, pues, que á fray Justo Santa María de Oro se le debe el establecimiento de la

República, se expresa una irrefutable verdad histórica. Aquel Congreso no habría resistido á la necesidad, al poder de los hombres que pesaban sobre su existencia, al prestarle la égida de sus espadas y sus cañones. Declarada entonces la monarquía, ó nunca más hubiese sido depuesta, ó habría costado otra jornada revolucionaria tan grande como la primera, pues las ideas dominantes prestigiaban una corona extranjera ó la impura sangre de los Incas... ¡Oh, santa fué, sin duda, la inflexible tenacidad del «fraile sabio» de San Juan, «y su pertinacia de designio que engendra las grandes cosas»!

En las páginas de inagotable frescura y pristina originalidad de los *Recuerdos de Provincia*, continúa la vida del religioso domínico, que después de haber salvado la República con el solo poder de su virtud, su carácter y su inspiración patriótica, vuelve, superando á aquel clásico modelo de los patricios de la vieja Roma, á labrar el surco de la creencia en las almas sencillas de su pueblo, y á perseguir ideas de independencia hasta en el seno de la comunidad eclesiástica de su orden.

También es verdad que otros doctores y frailes de la Revolución, sin «emanciparse de su Dios y de su culto», creyeron que ninguna soberanía era superior á la de la Nación Argentina, y aun en el

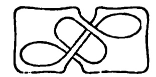
caso de la alternativa dolorosa, era preferible romper los lazos de la obediencia, antes que los juramentos de lealtad y los vínculos del amor á la República, ungidos por la sangre de tantos sacrificios.

¿Qué se han hecho aquellos caracteres, aquellas almas, aquellos corazones, tallados en el bloque gigantesco, arrancado al suelo mismo de la Patria, nutridos en la antigua latinidad heroica de los filósofos, los poetas y los historiadores, bronceados por el sol ardiente de nuestra América, y dotados de ese suave y dulce estoicismo de la virtud que lleva á contemplar la muerte como el premio de la vida?

Así, los momentos postreros del fundador de la República, se parecen á la vuelta natural de un alma hacia su origen celeste. Su catafalco,— refiere Sarmiento, su amigo,— fué el improvisado tabernáculo en que ambos trabajaban con piedad infantil: «y en el cual, simbolizando las dos grandes fases de su vida, se apoyaban, la estatua de la Libertad, con el acta de la independencia en la mano, y la de la Religión, con la bula que le instituía obispo...» Al lado de su lecho de agonía, el notario redactaba sus últimas voluntades, en que sólo legaba tesoros de amor, de fe y de abnegación, y el orador del Congreso de Tucumán, con la serena mansedumbre del santo, le dice:

— « Dése prisa, dése prisa, que quedan pocas horas y tenemos mucho que escribir... »

¡ Qué hermosa muerte, y qué grande la vida del que desde ahora la adquiere nueva en el bronce de los inmortales !



# PARTE TERCERA

## CAPÍTULO XI

### FRATERNIDAD EN EL RÍO DE LA PLATA *

Colegas de la prensa uruguaya:

Señoras, señores:

No es esta la primera vez que los periodistas de una y otra orilla del Río de la Plata se dan el abrazo de fraternidad y compañerismo en actos solemnes como éste, á cuya grandeza concurrieron siempre como ahora las nobles damas de nuestras dos ciudades, siguiendo la misma tradición que desde 1810 las presenta, ya como heroínas en el sacrificio, ya como inspiradoras del deber, asociadas al hombre en las glorias y en las desventuras comunes. Pero antes de ahora tuvieron la suerte de que trajesen la palabra de bienvenida en

* Discurso en honor de los periodistas de Montevideo, en la fiesta de su recepción.

nombre de la prensa nacional, espíritus más capaces que el mío de reflejar su elevada cultura, y expresar con más belleza los votos de amistad que en esta ocasión acostumbran comunicarse en expansiva confidencia.

Sólo un movimiento de rara bondad del ánimo de mis colegas argentinos, ha podido realizar tan inmerecida elección. Soy el último soldado de esta noble milicia de la prensa, que jamás reposa en su lucha interminable, lucha incruenta, pero sembrada á trechos de caídos que se quedan olvidados, de inmolaciones silenciosas sobre las cuales apenas sobrevive la tradición de las gentes del oficio. No puedo ofrecer ni los esplendores de una palabra no nacida para estas justas, propias de otras inteligencias, ni las chispeantes y sabrosas conversaciones de talentos áticos, en que es tan fecunda nuestra tierra; y si he de honrar como debo la memoria de un ilustre amigo y maestro de la juventud argentina, y decir con Pedro Goyena que el hombre es la imagen de su territorio, soy la imagen de la tierra en que vi la luz, de aquella humilde Rioja, abandonada entre la llanura desierta y los Andes soberanos, lo mismo que la Niobe antigua, dolorosa eterna sobre sus ruinas, donde el azahar teje coronas nupciales, y las flores de aire perfuman el ambiente de los sueños... Obedezco el mandato de mis compañeros

de la prensa, y con toda la efusión de mi propio afecto y simpatía, os doy en nombre de ellos la bienvenida.

Asistimos á una fiesta de fraternidad entre los periodistas de dos naciones amigas, que las representan en su intelectualidad y cultura. Hablemos, pues, de tan hermoso asunto, y que las confesiones del sentimiento y los recuerdos de la vida común, sirvan para fortalecer en el porvenir tan antiguo y entrañable parentesco. No ataron, por cierto, los hombres este lazo, que ninguna fuerza romperá jamás, mientras duren los caracteres fundamentales de la tierra en que se formaron y crecieron los dos pueblos: él fué establecido por la misma naturaleza en época incierta, cuando estas regiones eran un paraíso misterioso de razas vírgenes, de bosques inmensurables y llanuras sonrientes, bajo cuyos follajes y sobre cuyos tapices de verdura, al rumor de músicas infantiles deslizábanse las corrientes invioladas, porque la canoa del salvaje y el camalote florido de la ribera, eran elemento de la tierra misma ó adorno natural de su hermosura. En medio de esta soledad inmensa y majestuosa, difundiéndose desde el océano hasta las ignoradas regiones del occidente, el Río de la Plata, el grande y sagrado río que ha vivido nuestra historia y oído por tres siglos las confidencias de nuestras almas, derramaba sobre las orillas,

hasta el interior de las tierras, el limo fecundo de todo el territorio, trayéndolo mezclado con sus aguas desde las regiones del Sol y de las nieves, y desde las opulentas selvas del trópico... Ya los historiadores y los poetas nos describieron las primeras sorpresas de la raza que fundó nuèstras naciones; las desventuras y proezas de aquellos hombres extraordinarios, de cuyo linaje descendemos y cuyas virtudes y fortaleza heredamos; Obligado nos ha descrito la infinita belleza del paisaje primitivo, adormeciéndonos con los perfumes de las flores, el rumor de las corrientes y el canto de las aves; Zorrilla de San Martín nos ha conmovido el alma con el drama heroico de aquella lucha entre las pasiones salvajes y los nobles ideales de la raza nueva, del amor de la tierra contra el conquistador, que con la espada y la cruz viene imponiendo á todas las gentes la ley de la civilización...

Hijos del mismo impulso generador de la naturaleza y de la historia, sigamos la ruta marcada por la invisible fuerza que mueve á las naciones y crea el drama eterno de la humana existencia. Muchas proezas tenemos que recordar, muchas queridas memorias que bendecir y muchos infortunios comunes que adormecer en nuestros corazones. Una epopeya cuyos fragmentos se desenvuelven en tres siglos, es el recuerdo de las glo-

rias militares de nuestros dos pueblos: epopeya que no ha tenido aún su narrador homérico, pero á cuyo final estamos asistiendo, porque por todas partes se anuncian signos que nos prometen que la libertad no ha de ser desterrada nunca más de las tierras que habitamos... En siete jornadas memorables se confundieron nuestras armas para la defensa de la tierra ó la conquista de la libertad; abarca la primera cerca de doscientos años para detener al invasor portugués; el albor de nuestra centuria nos encuentra confundidos para rechazar una raza que vino en son de conquista; y luego, en la guerra grande, para cuyo recuerdo no tengo palabras, pero de la cual nacimos á nueva vida, y en cuyas campañas inmortales nuestros héroes recorren el continente bajo una sola bandera, que hizo libre á un pueblo del otro lado de los Andes, otro pueblo en la región donde el Inca tuvo su trono, y otro pueblo en la comarca donde nacen los tributarios del Amazonas y donde las más altas montañas de América se levantan hasta el cielo. Y durante ese ciclo de gloria, la sangre de nuestros soldados regó la tierra propia y extraña como una sola sangre, las ideas de nuestros pensadores y políticos se difundieron para todos, como una sola idea, y nuestros pueblos recibieron su herencia, de gratitud y reconocimiento, como una sola herencia... Los llanos de Ituzaingó vieron de nuevo

unidos á los héroes errantes que hasta el Ecuador acaudillara el Gran Capitán, y en homenaje á la Patria donde volvían ungidos de inmortalidad, juntos saludaron la última victoria de aquella época en que el mismo estandarte los conducía.

¡Cuánta seducción ejercen sobre el espíritu estos recuerdos! ¡Cómo se levanta á esferas extrañas á las habituales meditaciones, y se complace en iluminar el pasado, fuente fecunda, inagotable, de fortaleza y de virtud! Y ya que estas palabras mías fatalmente se encaminan por senderos históricos, permitidme ahora que os recuerde el tiempo en que con más intensidad se estrechan nuestros brazos y se compenetran nuestras almas; porque entonces la tiranía,—ese inmenso infortunio de nuestra Patria,—enlutaba todos los hogares, borraba todos los caminos, tronchaba todas las nobles ambiciones; y fué la hermosa y gentil Montevideo, nacida, al parecer, de las ondas del río para encanto de los poetas y baluarte á un tiempo de los hombres libres, el hogar seguro, el hogar antiguo de la familia nunca deshecha, que en la hora de la desgracia tuvo bajo el techo fraternal el mismo amor que le sustentara en la adolescencia.

Ni las terribles vicisitudes que á veces suelen derribar las naciones más soberbias y cambiar las ideas más dominadoras, harán que se borre del corazón argentino la huella de aquellos días de luto,

de prueba y de intenso amor. Desarmados de espadas y fusiles, nuestros compatriotas empuñaron la pluma, convencidos de que los despotismos que se fundan en leyes sociales, sólo se derrumban con esas leyes; y la lucha fué tenaz, sangrienta, fulgurante, y fuego salía á torrentes de las columnas de *El Comercio del Plata*, de *El Nacional*, de *El Corsario*, *La Nueva Era*, *El Iniciador*, donde Florencio Varela, Rivera Indarte, Bartolomé Mitre, Miguel Cané, Juan Bautista Alberdi, José Mármol, Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez y otros ilustres proscriptos, enviaban á la Patria, con la esperanza y la idea libertadoras, la censura cotidiana que minaba el poder del autócrata sin ejemplo. Allí nacieron los *Cantos del Peregrino*, que condensan toda la melancolía de la ausencia y el dolor profundo del patriotismo herido de muerte; allí los tristes bardos argentinos mezclaron sus amargas lamentaciones y sus inspirados anatemas, con las frescas y graciosas endechas de naciente poesía, de los amables trovadores uruguayos; allí fué escrito el *Dogma socialista*, anuncio y bandera de la expedición libertadora, que devuelve á la República sus hijos dispersos y abre su historia á una nueva generación de héroes y estadistas...

¡Cómo no había de ser fecundo aquel hogar donde la tradición y la naturaleza habían conser-

vado los mismos recuerdos de familia y el mismo ambiente poblado de gratos rumores! Reían aún en sus calles las sátiras de Figueroa, el ilustre arrepentido por amor de la tierra; indecisas en la fórmula pero trémulas de pasión, entibiaban el aire las trovas de Berro, y nacía con toda su asombrosa fecundidad «el patriarca de las letras uruguayas», el que diera al alma popular de su tiempo el inocente poema de *Celiar*, mezcla indefinida de romance heroico y de leyenda musulmana, pero desbordante de pasión y de savia nativas; y por encima de todas esas dulces influencias, daban fuerza y alas nuevas á los desterrados la comunidad de aspiraciones para el futuro, las promesas de libertad y de gobiernos que fuesen creación del espíritu nacional, y ese santo compañerismo de la desgracia que conforta y anima á las empresas redentoras. Si nuestros proscriptos llevaron sus amarguras y fueron á dejar en el suelo oriental sus cenizas, vertieron también allí toda la savia de su pensamiento y la unción de su dolor patriótico; por el espacio de esa década inmortal en la común historia, nuestros compatriotas vivieron una sola vida, amaron un solo ideal, soñaron un solo destino...

¡No, el Río de la Plata no nos ha dividido nunca! Horas sombrías vinieron después sobre el pueblo hermano; del mismo antro surgió la tempestad

que azotó las viviendas y arrojó á los moradores de la graciosa y amante ciudad, baluarte del proscripto; y entonces las mismas aguas que devolvían á nuestra ribera los hijos redimidos, traían á los desterrados de la otra, á renovar hacia allí la misma jornada de lucha, de defensa, de enseñanza. No de otro modo en las amarguras, crueldades y despotismos domésticos, las víctimas de la injusticia corren al hogar paterno en busca de consuelo y de refugio, de consejo y reparación. ¡Cuántas alternativas dolorosas, cuántos combates dignos de eterna memoria, cuánta abnegación de la virtud cívica ilustraron desde aquellos días los anales de la nación amiga! Sus hijos, soldados y pensadores, mientras pudieron empuñar un fusil y articular una palabra, ya fuese dentro de los muros, ya desde la orilla hospitalaria, lucharon, y lucharon sin tregua por la causa de sus instituciones vacilantes ó informes; y al recorrer las columnas de vuestros diarios, las hojas de vuestros libros, los períodos de vuestros discursos, las estrofas de vuestros poetas, la imaginación reconstruye un campo de batalla en que se confunden con estrépito singular, el fuego y el plomo, la chispa que incendia, el fulgor que deslumbra. Necesario sería el don divino de Tácito para describir con toda su heroica grandeza la lucha generadora, las crueles veleidades del destino, las hazañas y sufri-

mientos sin medida, los distintos ejemplares de hombres y las venturas y adversidades de la libertad, durante tan largos días de labor.

Pero no ha de negarse que es mérito y gloria de la prensa uruguaya, el haber sido en toda ocasión tribuna y fortaleza, para difundir en el pueblo el dogma y la enseñanza, y para lanzar sobre el enemigo la metralla ó el dardo en la hora del sacrificio. Sólo luz y fuerza dejan en la historia esos períodos de confusa y ardua lucha; y luz y fuerza para el renacimiento y el trabajo, son la semilla que en la sociabilidad han esparcido tantas fecundas contiendas; y hoy podemos admirar en el estilo de vuestros escritores y publicistas, en la entonación de vuestros oradores y poetas, aquellos mismos caracteres; y si á ellos se añade una exquisita naturaleza artística, manifiesta en las tendencias literarias de la juventud, podéis presentar orgullosos al mundo contemporáneo, con el tesoro de vuestras riquezas y de vuestro clima generoso, las fundamentales virtudes del alma nacional, tan fuerte para las luchas de la vida, como amante de los triunfos de la inteligencia.

Tan bellas y positivas cualidades, en que el análisis reconoce frutos de la tierra que nuestros ríos fecundan, tienen su misión señalada en los tiempos que falta recorrer; porque si el brazo y el pensamiento han salvado la edad del crecimiento orgá-

nico, la eterna ley de la historia que no permite á los pueblos detener el paso, les manda emprender con más ardor y brío que nunca el camino de su grandeza. No hemos terminado, pues, nuestra misión civilizadora; la misma juventud alienta y fortifica nuestras almas; la misma sangre y las mismas influencias naturales dan vigor á nuestros brazos; una misma corriente económica y política arrastra nuestras existencias; un mismo porvenir señalan en el tiempo las profecías de nuestro destino. Hemos hecho grandes cosas en el pasado; hemos fundado instituciones liberales; hemos abierto el hogar de nuestros progenitores á todas las ideas y las creencias, declarando libres nuestros caudalosos ríos; hemos prometido á la civilización moderna ser dignos de sus enseñanzas y beneficios, y debemos reflexionar si en efecto nada nos queda por cumplir de esta solemne promesa, si no debemos temer del porvenir amenazas imprevistas, no solamente para las instituciones que con tanto sacrificio fundaron nuestros antepasados, sino también para los derechos adquiridos por las naciones, y para la justicia en que ellas apoyaron en 1810 la causa de su emancipación.

Mientras flote una sombra de duda en las soluciones históricas de este agitado siglo; mientras la cultura intelectual y la libertad política en las riberas del Río de la Plata no sean una verdad que

se presente al espíritu con los signos de lo eterno; mientras subsista en el ambiente político de esta época una causa remota de inquietud por el imperio de las ideas que desde hace siglos informan la cultura del Río de la Plata, la misión común de la milicia intelectual en los países que bañan sus aguas, no habrá llegado á su término... Porque las revoluciones que engendraron estas nacionalidades, no fueron concebidas para lanzarlas al mundo sin más fin que la vida, como el águila engendra y arroja al espacio su fuerte prole, tal vez para destruirse con sus propias garras: eran organismos vigorosos, dotados de cuerpo y alma, de tierra y de cielo, para que se multiplicasen y difundiesen en el tiempo y las generaciones las altas virtudes de la raza madre, los progresos de la ciencia, las conquistas de la libertad y la razón, incorporadas, en fusión irrevocable, en su sangre y en su espíritu.

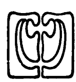
No ataron, pues, los hombres los lazos que ligan nuestros comunes destinos; porque las dos comarcas brotaron de un mismo seno, gozaron de la misma infancia, vencieron los mismos peligros y se cubrieron de las mismas glorias. Las dolorosas vicisitudes de la libertad en esta América, hirieron por igual los corazones, ensangrentaron el suelo, tiñeron las aguas de los ríos; pero también confundieron los hogares, enlazaron los nombres con nu-

dos eternos, mezclaron los linajes y fundieron un solo metal en un solo molde.

En el espacio de tres siglos lucharon juntos los dos pueblos por estas dos grandes causas: la integridad del territorio, la destrucción de la tiranía. Jamás fueron vencidos, y este vínculo de la gloria no se rompe sino con la muerte. Más bella y más gloriosa todavía se presenta la tarea del porvenir, que es también de lucha, porque lucha es la vida; pero no ya contra enemigos armados que disputan tierras ó ciudades, sino por la mayor difusión de los conocimientos; por la elevación de los espíritus á concepciones más ideales y perfectas de la vida y del destino de las naciones; por encender en todos los hombres que gobiernan y que forman los gobiernos, el amor sincero y abnegado por la libertad, por las virtudes del ciudadano, la veneración por nuestros mayores, cuyos espíritus nos contemplan y nos juzgan desde su inmortalidad.

Para cumplir esta misión se anudaron, por obra de voluntades incontrastables, nuestros vínculos de raza, de espíritu y de territorio. No se extienden por fortuna entre nosotros cordilleras inaccesibles, ni el « océano disociable » del poeta latino, sino un río bordado de selvas perfumadas y rumorosas, y el Mar Dulce de Solís, cuya dulzura fué siempre símbolo de amor, y cuyas ondas, más bien orgullosas que embravecidas de la tormenta, fueron en las

varias alternativas de nuestra existencia, portadoras de votos y de consuelos amigos, ó aliadas en victorias inolvidables. Luchemos, sí, luchemos sin reposo, desde las hojas donde vertemos la vida, la esencia de nuestra vida, para que bosques de mástiles y nubes de vapor cubran la vasta superficie de nuestro río, y crucen por infinitos puentes sobre el Uruguay las locomotoras: serán nuevas é imperecederas obras que mantendrán en perpetua actividad la corriente de mutuas simpatías y riquezas; y podéis estar seguros que los fantasmas de la tiranía y del desorden no se alzarán nunca más sobre nuestra tierra, y la paz, y el trabajo, las ciencias y las artes, serán el coronamiento de tantas empresas y fatigas, y la verdadera gloria y grandeza de la Patria.



# CAPÍTULO XII

## CHARLONE

> *...e'l suo destino*
> *E destin de la patria*
> (TASSO).

### I

Evocamos hoy una memoria querida, la sombra errante de un soldado de la libertad, uno de esos poseídos de la pasión del sacrificio, formas vivientes de ideas é impulsos nobilísimos de la criatura humana, y aparecidos en las horas de prueba, como enviados del otro mundo, ejecutores iluminados de designios supremos: es un hombre, una familia, ó una legión, consagrados á las soluciones esperadas por un pueblo durante largo espacio de dolorosa existencia.

Para éstos no hay otro destino que la lucha; y como el águila que al amanecer, suspensa sobre una cumbre, escudriña el llano y la distancia para

en su corazón las esperanzas de los desterrados y los perseguidos, y era al propio tiempo fortaleza contra las agresiones sangrientas é incendiarias. Cerradas las puertas á la invasión devastadora, y llena de pasión heroica su población de guerreros, el ambiente vibraba, saturábase de nobles aspiraciones y arrebatos fecundos: las madres enseñaban á sus hijos la lección de la muerte, los ancianos combatían como los jóvenes y los extraños sentían arder en sus corazones los recuerdos distantes; y forjándose allí la imagen de la patria ausente, lanzábanse con santo ardor á la defensa de la generosa é infortunada tierra adoptiva.

Fué en el Sitio Grande cuando Charlone sintió llamarse á las armas. Aquel errante caballero de pueblos oprimidos, José Garibaldi, fué el caudillo que inflamó á sus jóvenes compatriotas de Montevideo. A su voluntad y su poder debió su origen la Legión Italiana, de imperecedera memoria y de interminable existencia: podrán acallarse y bajarse las armas, ó caer uno á uno sus soldados en el campo del honor y de la gloria, pero la bandera invisible de la Legión Italiana flota siempre al viento de las nobles causas, y apenas resuenen el tambor y el clarín de nuevas lides, se la verá aparecer otra vez al frente, guiando á los suyos, resucitada de sus cenizas, como bandada de aves mi-

tológicas que sigue á los ejércitos defensores de la justicia y libertadores de oprimidos.

Charlone consagra desde niño, á esta entidad inseparable de nuestra vida nacional, su sangre y su vida: él es la legión en cuerpo y alma. Garibaldi la conduce por agua y tierra, con destino y suertes varios, pero siempre heroicos: porque la ha ungido con su propio ser, y su aparición en las batallas se anuncia por el terror de sus bayonetas, por la exhalación del asalto, por la impavidez en la muerte.

Aun permanece en la penumbra, como leyenda que nadie se atreviese á develar, la cruzada marítima y terrestre que al servicio de la causa libertadora realizaba la Legión Italiana en la cuarta década de nuestro siglo. En la campaña del Salto, en la toma de la Colonia, en la sorpresa de Martín García, en Gualeguaychú, en el Hervidero, en Itapeví, Charlone fué el soldado raso, la unidad atómica indestructible de la masa combatiente, cuya firmeza y empuje descansan en el valor, en la disciplina y en el entusiasmo de la idea, pero que un día aparece clara y distinta sobre el conjunto, porque su potencia y su inspiración han condensado la de todos: es la revelación del héroe desconocido, el relieve imborrable que pasará á la posteridad en día lejano, en granito, en bronce ó en mármol.

Esa hora fué la del combate que las crónicas incoherentes de la época llaman de San Antonio, en

las cercanías de esa hermosa ciudad del Salto, de las graciosas colinas y las puestas de sol indescriptibles. Un soldado de diez y nueve años, herido en la cabeza, sale de las filas con honores excepcionales, se llamará en adelante el sargento Charlone.

Muchas sombras enlutaron desde aquel día el cielo de la Patria. La sangre corrió á torrentes, sin que los esfuerzos de los libres, ni los sacrificios é inmolaciones, ni los cálculos de la ciencia militar lograsen descorrer el velo del santuario de libertades, tanto tiempo disputado á la guardia del tirano. El bravo legionario, que ya conquistó á golpes de su espada los galones de capitán, guiaba su compañía en medio de aquel gran ejército, que había de renovar en Caseros hazañas acaso desvanecidas en treinta años de discordias é infortunios.

Cuando las pasiones contemporáneas cedan su campo á la luz plena de la historia, y el arte ilumine cada una de las figuras del inmenso cuadro de esa batalla, veremos elevarse sobre el tumulto con líneas propias y originales, al voluntario de Montevideo, al sargento de San Antonio, al capitán de Caseros...

No hay una guerra, ni una causa en que se hallase empeñada la nacionalidad argentina durante veinte años de milicia, que no tenga un tributo de la sangre de aquel noble hijo de Italia. La legión

militar custodiaba contra el bárbaro feroz de las Pampas el pueblo de Bahía Blanca: el asalto se produce el 19 de marzo de 1859; pero el indio tiene que huir despavorido, aterrorizado por la muerte que los legionarios de Charlone siembran en la horda salvaje, á la que va á buscar en su avanzada guarida, hasta Salinas Grandes. Aquí los invulnerables, los engreídos monstruos que por tres siglos hicieron la tiniebla sobre los dominios australes, tuvieron nuevo y ejemplar castigo, y el único biógrafo de Charlone cuenta cómo aquella inusitada y temeraria empresa fué parte á detener por largo tiempo las irrupciones pavorosas del desierto...

## II

Pasemos de prisa por el escenario de la nueva guerra civil que tiene su desenlace en Pavón. Por más que las leyes de la disciplina y la unidad del deber marcial, arrastren entre sus filas á los mismos héroes, hay algo que en el fondo del alma se eleva como un celaje de tristeza, para velar las acciones más brillantes del valor guerrero.

Veinte años de combates y fatigas en los ejércitos de la Patria debían tener una consagración definitiva de la gloria. Ya el momento supremo se acerca. Un pueblo hermano, que es sangre de nues-

tra sangre, y que se desprendiera del común hogar del Virreinato para tentar los azares de la vida independiente y libre, heredero de tradiciones dignísimas é ilustre abolengo, sufría allá, entre las selvas tropicales que el Paraguay y el Paraná envuelven con sus majestuosas curvas, los horrores y afrentas de una tiranía de sangre y de deshonra. Y al calor de un sentimiento nativo, el autócrata astuto arma y retempla esa nación de héroes para lanzarla sobre la tierra argentina, apartados de la propia y suprema justicia y reivindicación de su libertad usurpada.

Resuena otra vez sobre los dilatados ámbitos de la Patria el clarín de las sagradas contiendas, convocando á sus hijos á los campos de la matanza y el sacrificio. Corrientes, ejemplar por sus sufrimientos y martirios tradicionales, cae indefensa en manos del invasor. Ante el ultraje y profanación se conmueve el alma nacional, y marchan las legiones á libertar la ciudad benemérita. Charlone es jefe de la Legión Militar, y es el elegido para el bautismo de sangre de aquella guerra que inundó con ella á dos naciones: era resolver una victoria, y ésta debía saludar el aniversario de Mayo.

Desembarca el jefe al frente de una sola compañía con su capitán; el enemigo avanza rápido á contener aquella amenazadora invasión á la ciudad usurpada.

Ha llegado el instante de la prueba para el arrojo temerario y el ciego heroísmo. La compañía acomete al centro del campo contrario rompiendo una lluvia de proyectiles, para encontrarse luego con un muro de sables y bayonetas que se cruzan con las suyas, echan chispas y chorros de sangre. La confusión es horrible, el peligro enorme; Charlone recibe un golpe de hacha en el cráneo, y cien más se ciernen sobre él ansiosos por arrancarle la vida. En torno de su cuerpo bañado en sangre se traba un combate infernal, en que sus oficiales y soldados disputan con los suyos el tesoro amenazado. Uno á uno van cayendo en montón informe, de cuyo seno surgen los gritos de coraje de Charlone, animando á la pelea é intimando á los encarnizados enemigos, que se estrellan en la barrera impenetrable de sus legionarios, los cuales arrancan nuevo vigor del alma de su jefe. Escena grandiosa, digna de la épica entonación que cantara las proezas de Troya y de Jerusalem, ella tiene un espíritu y anima un símbolo que más tarde veremos expresarse en forma deslumbradora: el hijo de Italia, rodeado por los del Plata, sucesores de los granaderos de Lavalle y Necochea, realiza allí, mientras se reúne y entra en la acción el resto de la tropa poniendo en fuga al enemigo, la cruenta profecía del futuro: la comunión íntima y substancial del alma de dos

nacionalidades, que confunden su vida y su muerte en un solo altar ensangrentado.

Luego en Yatay, en Uruguayana, el 24 de Mayo, da las mejores victorias á su división: Charlone ya no es sólo el comandante que influye sobre el espíritu bélico de la unidad de su mando, porque sus actos de insuperable valor, los éxitos inevitables de sus movimientos y sus ataques extiéndense más lejos, y reflejan su influencia sobre más vastas esferas: es estímulo, es confianza, es seguridad, es la alta emulación del sacrificio.

En Tuyutí la Legión renueva los esfuerzos inauditos de Corrientes, deteniendo en la férrea muralla de sus cuadros las tupidas caballerías del adversario, que caían sobre ellos como las avenidas de un torrente, arrastrando y convirtiendo todo en nuevas fuerzas á su paso.

Y allí también, por ser invencible en las vanguardias, es enviado á ocupar la isleta de Yataytí-Corá, erizada de defensas en contorno, hasta hacerla temible, casi inexpugnable; no importa, él asalta con su Legión, y al llegar al término de su avanzada, mientras las naves, las fortalezas, las trincheras y las filas abiertas lanzan á un tiempo millares de balas que siembran la muerte y obstruyen el espacio, Charlone, apoyado en un árbol, desnuda de su corteza de oro y come la fruta exquisita de la Hespérides tropical.

Aquella fué, sin duda, la víspera sonriente del gran día de su inmortalidad. Los fosos de Curupaytí eran los sepulcros abiertos á las más bellas esperanzas y á los más firmes paladines de la Patria. ¿Era necesario inmolar tantas existencias preciosas y templar al rojo en la fragua de la muerte el valor argentino, cual si nunca hubiese soportado la tremenda prueba? Conteste la historia mañana; entre tanto, la orden terrible debe cumplirse, y Charlone irá como antes á la cabeza de la columna de asalto, dispuesto al sacrificio postrero. Aquel desfile fué más que una marcha bélica, la profesión fúnebre de la despedida. Pero no fué menos vigoroso y bravío el ataque, porque una voz, un acento marcial, un toque de clarín bastan para disipar las tinieblas sobre los campos de batalla, é iluminar paraísos deliciosos en la mente de los guerreros.

Cargaban las legiones argentinas á cuerpo descubierto sobre el enemigo, oculto é inaccesible tras de sus muros y de sus dobles líneas de zanjas y trincheras: brindábanse á los cañones como expiatorio tributo á dioses sanguinarios é invisibles. Pero la muerte de los compañeros, las caídas á centenares en los fosos, la resistencia misma, daban bravura feroz á los jefes del asalto, que caían unos tras otros cruzados de parte á parte, mutilados, despedazados, como fulminados del rayo.

soltar el vuelo, parece que un instinto les señala el rumbo de la vida, de la labor y de la gloria. En vano se pretenderá desviarlos, ni con los halagos de la fortuna, ni con los deslumbramientos de sensuales promesas: son la encarnación de ideales ignotos, y cumplirán su mandato, ya sean dotados de las gracias de la inteligencia ó del numen del arte, ya sean rudos y ásperos labradores, ya soldados toscos é inquebrantables como el granito.

Esos son los héroes. Nadie sabe dónde aparecerán; inescrutable será siempre la órbita de su carrera en la historia, y un misterio la voz ó la fuerza que les dé el primer impulso. Una sociedad despedazada, una familia dividida, un martirio individual, les hieren el corazón; y la gota de sangre ó la lágrima compasiva son el signo de una metamorfosis, el germen de una epopeya, cuyos actores serán los niños que contemplaron los horrores de la discordia ó los tormentos de las víctimas. La tierra nativa grabó en ellos sus caracteres más hondos, los consagró con sus dolores y sus anhelos más íntimos, y al fortalecerlos con sus auras y sus alimentos, les trasmitió su ser: desde entonces « su destino es el destino de la patria ».

Nacido en 1826, el hombre cuyo recuerdo da origen á estas líneas, arrancábase á los trece años del seno de la madre Italia, en momentos amargos, en que la venerable reina de las naciones lloraba

como Niobe sobre los escombros de su antiguo hogar, deshecho por los odios y los despotismos. Montevideo fué la ciudad donde Juan B. Charlone respiró el ambiente de América.

No se hallaba entonces la vigorosa familia de los tiempos de Mayo menos atravesada de surcos profundos, menos aterida de dolores sin ejemplo y menos vilipendiada por los tiranos, que la dulce y armoniosa Italia, dejada allí, entre sus mares y sus montes, entre sus ruinas sagradas y su cielo generador de poesía y de arte, esperando la hora de la redención prometida. También aquí se combatía por la unidad y por el derecho, por la justicia y la libertad; y los rumores de armas y las escenas del heroísmo ensordecían el espacio y brillaban con luces desconocidas.

En aquellos días aciagos eran una misma alma los hijos de una y otra orilla del Plata y del Uruguay; el déspota que aquí usurpara las conquistas de luchas inmortales, extendía hacia allí sus implacables armas, no ya para reunir bajo el mismo techo la familia dispersa, sino para incendiar allí también, hasta las raíces, el árbol nuevo de la libertad republicana, regado en sus primeros días por un solo y fecundo amor.

La ciudad que en la leyenda americana ha recogido el cetro enlutado de Ilión, y lleva con digna majestad el nombre ilustre de Nueva Troya, guardaba

# CAPÍTULO XIII

## SOBRE LA CIVILIZACIÓN EN AMÉRICA

### I

(12 de Octubre de 1892)

Desde que se aproximaba el IV centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, historiadores, sabios y hombres de letras de todos los países vinculados con el inmortal suceso, no han cesado en la tarea de investigar las fuentes, ya fuera para aclarar los puntos obscuros ó dudosos, ya para celebrar en prosa ó en verso acción tan trascendental: la inteligencia y la inspiración unidas en el elevado consorcio han alzado su voz, formando en sólo un año de producción escrita una enorme bibliografía, que será desde luego la mejor coronación del hombre, dueño de la gloria de aquel día.

No era, por otra parte, extraño que el siglo XIX pusiese á contribución los progresos realizados en

todos los dominios del pensamiento, para exhibirlos como homenaje á los pies de la efigie del que, dotando á la humanidad de nuevo y vasto campo de expansión, cuna de nuevas generaciones, ya mezcladas con las autóctonas, ya trasplantadas á suelo virgen, dió á la vez nuevo vigor é impulso á las leyes del crecimiento y de la vida de las razas que pueblan el planeta. Cuatro siglos han transcurrido, y ya, fundidas las del viejo con las del nuevo continente, todas presentan la misma civilización, los mismos principios rigen su vida y los mismos problemas agitan sus colectividades: y las naciones de uno y otro proclaman el mismo derecho y buscan los mismos ideales.

¿ Pudo jamás Cristóbal Colón soñar el porvenir de la tierra descubierta ? Esos hombres providenciales, por decirlo así, al realizar hechos de universal y eterna influencia, son casi siempre servidores inconscientes de las fuerzas fatales de la gran corriente histórica, ó bien, iluminados por la concepción de una idea aislada, y sin percibir las inmensas ramificaciones ó desarrollos posteriores, no podrían, no debieran ser discutidos. La humanidad ha recibido por su intermedio los beneficios y las conquistas de que goza; y esos hombres son imperecederos y con justicia venerados por los siglos de los siglos, porque los acontecimientos culminantes, como el hallazgo de América, nunca

dejan de engendrar y de producir nuevas consecuencias y nuevos y siempre benéficos resultados.

Desentrañar argumentos, inventar raciocinios, forjar metafísicas para cambiar el criterio consagrado por algunas centurias, es empeño vano; el proceso retrospectivo de la razón, llevará siempre al punto de partida. Cristóbal Colón por inspiración y designios propios, ú obedeciendo sin conciencia á una fuerza desconocida entonces de los hombres, es el autor de la más grande de las soluciones humanas, el conductor del espíritu y de la sangre del viejo mundo á estos inmensurables territorios, donde hallaron las antiguas razas savia, materia y elementos nuevos para prolongar y robustecer la existencia.

Antes que entrar en el dominio de las especulaciones y leyendas conocidas acerca de la vida del descubridor, nos proponemos en este día de su glorificación, analizar la marcha que ha seguido la civilización de América, desde que fué encontrada por el navegante genovés hasta nuestros días, pues la civilización fué su primordial resultado, y á la vez, el agente de la transformación operada en la faz del mundo desde entonces. Rindamos cuenta á su memoria del uso que hemos hecho del colosal legado, y cómo hemos sabido conservarlo y enriquecerlo.

Pero no debemos empezar nuestra tarea sin de-

dicar un voto de reconocimiento y de justicia á la nación caballeresca y heroica, á la emprendedora y generosa España de los Reyes Católicos y de los sabios monarcas que les sucedieron, quienes, á pesar de sus errores, que en parte lo fueron de las ideas dominantes en su tiempo, der... sobre
nuestra América los inest...
leyes, y la base de la únic...
decido y dignificado al h...
vías del pensamiento: el ...
cho, las religiones, las c...
y los ideales que él entra...
dado la civilización conte...

Cuestión más ardua d...
parece es ésta de determ...
rica una civilización ante-
Numerosos, pacientes, pr...
estudios se han practicad...
ricanos y europeos; sabio...
dores eminentes han dedic...
garla, y el resultado no puede decirse conseguido. Lo que al fin parece haberse obtenido, es la división de las opiniones en dos bandos, formado el

ADIVINANZA (1)

El nacer es mi morir,
nadie a mi venir previene,
y el que me suele seguir
nunca sin hacer ruido viene.

(1) De los Anales de la "Universi... Nacional de La Plata", "Folklore Ar... tino", año 1911. "Adivinanzas Riopla... ses", coleccionadas y publicadas por doctor Robert Lehmann-Nitsche.

RAMSES I...

Las soluciones se publicarán el ... mingo próximo.

**Las adivinanzas en el Río de la Pl...**

Las adivinanzas deben haber lleg... al Río de la Plata, procedentes del Pe... pues en los anales de la Universidad ... La Plata, del año 1911, el doctor Rob... Lehmann-Nitsche en su interesante pub... cación "Adivinanzas Rioplatenses", me... ciona a Esteban Terralla y Landa, ll... mado poeta de las adivinanzas, que viv... a fines del siglo XVIII a orillas del r... Rimac. En aquella época, para distra... la monotonía de las noches, los viej... echaban una mano de malilla y la gen... joven se entretenía en juegos de prend... y adivinanzas. La reputación de Terrall... para componer enigmas era muy popula... y de allí viene el apodo que le dieron: "... poeta de las adivinanzas".

No es difícil que esa corriente entrar... en ... las provincias de...

uno por los que piensan que entre los primitivos pobladores llegó la civilización al mismo grado que en algunos pueblos del oriente del viejo mundo, y el otro por los que, partiendo del principio de la civilización occidental, opinan que lo que en América había no merecía el nombre de civilización.

La filosofía ha llegado á fijar bases inmutables para juzgar de lo que constituye una cultura propiamente dicha; las ciencias auxiliares de la historia han contribuído á este esclarecimiento; pero por más que estos últimos sólo conduzcan á hacernos luz respecto del desarrollo espontáneo de los medios de vida en las comunidades humanas, no llegan, si no es por manera refleja, á poner de manifiesto el sucesivo mejoramiento del espíritu, de la inteligencia, en orden á los fenómenos morales y al perfeccionamiento de las ideas.

Probado está por todos los medios científicos de investigación y de experiencia, que todos los pueblos primitivos, por una tendencia originaria de su naturaleza, buscan un ser superior para adorarlo y someterle sus voluntades y vidas; y cuando por influencias locales ó de disposiciones inferiores para la cultura, no han podido concebir un dios ideal, han hecho de los fenómenos naturales ó de los agentes físicos más vitales, el objeto de su culto, siempre ardiente y entusiasta en la primera edad histórica.

Luego, la religión, como relación que une al hombre con ese principio supremo de la divinidad, es una ley de existencia fatal en toda humana criatura; ella empieza por afectar los hechos más generales, para ir penetrando en las múltiples faces del alma y de la vida psíquica, dando norma y ordenación á los afectos, sentimientos, concepciones, inclinaciones, deseos, apetitos, y, en fin, á todos los aspectos en que se presenta el hombre. El método, á medida que va tomando formas en el espíritu, va diseñando una cultura, porque imprime una dirección común á las tendencias individuales en las agrupaciones, y les hace ver en el hecho misterioso de la existencia, algo más trascendental que el alimento, la procreación y la guerra de tribu y de sangre.

La civilización empieza á ser tal, cuando la inteligencia humana, levantándose de la esfera de las necesidades animales ó de los instintos primitivos de la dominación por la fuerza, de la lucha con los enemigos de la vida física, y otras, ha concebido una idea más alta sobre el origen, un pensamiento regulador de la acción social y un principio de perfeccionamiento, que comienza en el individuo á ser una obligación moral y sigue imponiéndose al conjunto.

Pueden, pues, las tribus autóctonas llegar á practicar, sin haberlo aprendido por el contacto con

pueblos cultos, ciertas artes ó costumbres semejantes á las de éstos: pero siempre aparecerá la línea divisoria cuando se analice el principio moral que los informa y los conduce, y en qué grado las facultades se relacionan con ellos, qué ideal inspira las guerras regionales, qué noción, aunque sea embrionaria, del derecho, rige los vínculos colectivos y domésticos, ó qué forma de libertad han llegado á comprender.

Muchos, tal vez imposibles de dividir claramente, son los estados sucesivos que preceden al de civilización, desde el salvaje y animal hasta el más próximo al de la cultura; y esto ha hecho, sin duda, que se llame con tal nombre, tal vez por falta de otros, á cada uno de los pasos que las tribus han dado en el sentido de su mejora relativa en las condiciones de la existencia.

Las tribus que poblaron la América antes del descubrimiento, siguiendo las leyes naturales de la vida, llegaron á presentar formas rudimentarias de gobierno, semejantes á las que rigen hoy á las naciones civilizadas. ¿Habrá de deducirse de esto que eran pueblos civilizados? No: la ciencia moderna ha ido á buscar en la naturaleza las bases del derecho político, tratando, según la fórmula de Montesquieu, que las leyes fuesen lo más posible un reflejo de la naturaleza de las cosas; pero en manera alguna ha ido á aprender de los algonquines

la forma federativa, ni la monárquica de los aztecas, ni de los quichuas, sino que, coincidiendo estos sistemas con las tendencias naturales del gobierno, resultan aquellos simples elementos de observación y de deducción, como que vivían en la naturaleza misma.

Son, pues, ellos una prueba evidente de que la ciencia moderna, inspirándose en las leyes naturales, tomó rumbos nuevos y seguros para cimentar la libertad y los intereses sociales sobre bases duraderas. Según aquel principio, debíamos decir que las abejas y las hormigas son más cultas que gran número de naciones contemporáneas, á juzgar por el orden admirable y la clarísima separación de cada una de las jerarquías y funciones en que se dividen los enjambres.

## III

Á juzgar por todo lo que se sabe del estado político, social y religioso de los indios americanos, anterior á la conquista, no puede ponerse en duda que las nuevas investigaciones han obtenido enormes ventajas, con haber podido observar su vida y lo que dieron de sí como manifestación intelectual; pero lo que no podrá probarse es que

ellos hayan tenido ni podido tener la menor influencia para cambiar ó modificar las prácticas de los viejos pueblos de Oriente en orden á la religión, política, guerra, artes, manufacturas é industrias, á no ser los museos de antropología, las colecciones arqueológicas, los libros de observación y de análisis puramente científico, ciertamente muy útiles para completar el conocimiento de todo lo que en nuestro planeta existe ó yace como riqueza natural, pero no para alumbrar los senderos de la raza humana.

Los pueblos del norte de América, donde después se levantó la gran república de Wáshington, presentaban los rudimentos de algunas formas de gobierno y de algunas artes, aproximándose á la federación actual, lo cual ha hecho decir á algunos que los fundadores de la constitución americana habían tomado como molde la primitiva organización política de las tribus indígenas. Á ser esto cierto, tendríamos que borrar la historia de la ciencia y la ciencia de la historia, las cuales hacen derivar de la antigüedad griega, romana, germánica, gótica, las actuales formas que gobiernan las sociedades humanas.

Confúndense, ó más bien, desconócese el proceso natural de la idea gubernativa de los pueblos primitivos. El jefe de cada tribu conserva su dominio absoluto sobre la religión nativa, y sobre los

que ocuparon para su expansión posterior, y cuando algunos conquistadores salvajes más fuertes para la guerra, por la necesidad los sometieron, hubieron de dejarles el poder sobre su pueblo, más por instinto de conservación que por concepto alguno político; y lo mismo sucedía con las famosas representaciones ó asambleas federativas y con los *clanes,* de que tanto mérito hace el señor Pi y Margall.

Nada se diga de los natchez, sobre los cuales más sabemos por los viajes pintorescos y fantásticos y los poemas románticos de Chateaubriand, que por la historia propiamente dicha, y allí mismo, su barbarie no admite atenuación; y poco sólidos serían los fundamentos de la brillante civilización yanqui, debida á sus tradiciones europeas, si reconociera aquellos orígenes indígenas. Pero ni siquiera resiste al más llano y sencillo criterio el argumento, más bien sentimental que histórico, fundado en los pretendidos antecedentes precolombianos: porque otra ley natural, la del equilibrio en todas las cosas de este mundo, hace imposible el predominio de elementos distintos de los de la alta tradición inglesa de donde procedieron las instituciones y libertades americanas. ¡No está olvidada todavía la gran lucha que arroja á las playas de Pensilvania á los puritanos expatriados, llevándose la civilización inglesa del siglo XVI!

## IV

Grado más alto ocupa la nación que sojuzgó Hernán Cortés, porque al decir de los americanistas é historiadores más autorizados, los aztecas habían logrado ya el conocimiento de muchas artes é instituciones que hacían más cómoda y soportable la vida; pero siempre hay dos puntos obscuros que excluyen toda idea de verdadera civilización, la religión y el gobierno, en los cuales no se vislumbra una concepción bastante elevada de la divinidad, ni noción alguna de libertad.

Se ven solamente las formas elementales y empíricas de una y otra, pero concurrentes á aumentar y vigorizar el poder bárbaro y despótico de los jefes, desde el primario y elemental de la tribu hasta el que se invistió después con el manto de los emperadores.

El pueblo no pasa de ser el eterno tributario del soberano, y el poder de éste no se cimenta sino en el terror y en la fuerza del brazo; hasta aquella pompa y aquel brillo de las cortes imperiales, en que algunos americanistas creen encontrar pruebas de una adelantada cultura, no acusan, en verdad, otra cosa que la natural é infantil inclinación del hombre á todo lo aparatoso y relum-

brante, que en grado inferior, sin duda, atestiguan los estudios de los geógrafos modernos sobre las costumbres de las puebladas salvajes del África Central, donde también existen formas federativas, nociones de la divinidad y aparatos de corte.

Hubo, se dice, grandes obras arquitectónicas, principios de escritura y esbozos de dibujo, y aun se afirma, con razón tal vez, que algunos monumentos aztecas y mayas hallados en las ruinas de Palenque, de Uxmal, de Copán, y artefactos y tejidos, utensilios y otras obras decorativas, ofrecían visibles semejanzas con las de Egipto, Etruria é India.

Indudablemente las manifestaciones artísticas de los pueblos de Méjico y Centro América, revelan que la cultura relativa de aquellos llegó á producir construcciones semejantes á las de los antiguos egipcios, etruscos é indús, y que existían en ellos las eternas disposiciones artísticas naturales de las razas humanas; pero lo que debe probarse es que las de aquellas naciones citadas, son realmente civilizaciones, tal como esta idea era concebida en el siglo XV, cuando la conquista de América llevóse á cabo.

Las líneas rectas, ó las gigantescas y poco delicadas curvas que ostentaban sus monumentos, son una prueba más de que sus nociones estéticas

estaban muy lejos de demostrar una adelantada civilización, y los monolitos, los enormes trozos que componían las pirámides, la cinceladura primitiva de la piedra bruta y de la madera, bastan para fijar la edad histórica é intelectual de las razas americanas; así como las pirámides de Egipto, levantadas á costa de miles de hombres conducidos á golpe de látigo, si algo demuestran es la antigüedad y la escasa cultura de los pueblos constructores, y que sólo fueron erigidos como ornamento en las tumbas de sus reyes, ó siempre como homenaje al déspota ó como culto á sus divinas personas.

Las razas conquistadoras, que llevaban ya en su espíritu la huella vivísima de la cultura helénica y romana, que sabían de la estatuaria griega, aún no superada, que traían la imprenta y admiraban los lienzos de los grandes pintores italianos y españoles, cuyas obras aun se admiran y se admirarán por los siglos, no podían ni debían considerarse iguales á las que sólo levantaban pirámides macizas, templos de piedra desnuda sin ornamentación y de líneas simples, que sólo dibujaban embrionarias formas de objetos ó personas, tales como los niños los graban ingenuamente en todos los tiempos, y que no podían escribir y por tanto transmitir á su posteridad las ideas, las nociones, los principios, las teorías que dieron vida á tales obras.

Mucho se ha ponderado también las disposiciones agrícolas y la legislación agraria de los aztecas, pero los mismos panegiristas se apresuran á afirmar que el trabajo de la tierra sólo concurría á abastecer los graneros y la mesa de los reyes, únicos dueños de cuanto existía dentro de los límites difusos del territorio, y sólo conservaban los labradores para sí, la porción necesaria para su vida animal, y sus lábores eran interrumpidas constantemente por las interminables guerras de tribu á tribu, efecto de la misma falta absoluta de ideas de derecho y de justicia.

## V

Es incuestionable que los Incas fueron los que más alta civilización alcanzaron, que con más claridad y precisión concibieron el gobierno, y los únicos que llevaron un pensamiento trascendental en las conquistas para ensanchar su imperio; y el hecho de haber sometido y conservado tan vastos dominios durante algunos siglos, más por la política que por la guerra misma, que asumía caracteres más moderados, demuestra cuánta diferencia los separa de las demás naciones indígenas del continente. No obstante, sus tradiciones

religiosas se apartan á gran distancia de las que han forjado las razas civilizadas, y tampoco pudieron dejarlas escritas ni transmitirlas á sus descendientes, libres de las adulteraciones venales de los sacerdotes, sometidos á los caprichos brutales de los emperadores, á cuyas satisfacciones amoldaban sus vaticinios ó sus interpretaciones de los designios celestes.

Ni tampoco la personificación de la divinidad en el Sol, por más poética que aparezca por lo sencilla y por el objeto mismo, es razón para deducir de ella principios y reglas morales, ni políticas, ni jurídicas; antes bien corresponde esta idea de Dios á la edad infantil de las razas humanas, en la cual los elementos primordiales ó vitales de la existencia física, son elevados al grado de la divinidad, como el fuego, los astros que alteran las condiciones climatéricas de la tierra, que influyen y producen los fenómenos atmosféricos, objeto de sus temores y de sus alarmas. Pero de allí, de ese concepto material y limitado no pasaron, hasta que la conquista les sorprendió en lo más recio, en lo más arduo de su evolución etnológica y social.

Por mucho tiempo se tuvo la escritura incásica, los famosos *quipus*, como una forma casi perfecta de expresar el pensamiento; pero investigaciones más exactas han pu sto en evidencia que no sirvieron sino como elementos para la más sencilla con-

tabilidad; ni podían jamás aquellos nudos, por más combinaciones que se hicieran, traducir las ideas, ni las mil faces del pensamiento aplicado á los efectos ni á los conceptos ideales; si tal sistema hubiera podido expresar estas cosas, habría sido siempre el patrimonio de muy pocos é inaccesible á la masa, y hasta los mismos emperadores, cuyas ocupaciones bélicas les habrían prohibido dedicar la vida entera al estudio de semejante escritura. Ni siquiera llegaron á tener signos gráficos como los cuneiformes ó los geroglíficos asirios y egipcios, fáciles de descifrar y susceptibles de representar ideas ó conceptos abstractos; y si es verdad lo que afirma Wiener que en unas telas encontró figuras representativas de vastas concepciones ideales, son tan informes y obscuros los signos, tan rudimentarias las figuras y tan sutil el sentido hallado por aquel sagaz americanista, que más bien se antojan esfuerzos de imaginación del explorador. Por lo menos, habría que comprobar con otros elementos la posibilidad de que tales dibujos corresponden á tales conceptos de la inteligencia indígena.

Si la nación quichúa fué la que más civilización ostentaba cuando fué sorprendida por Pizarro; si fué la que mejor gobernaba, administraba y hacia la guerra y la conquista; si fué la que hablaba un idioma más comprensivo y rico, aunque no tuviese escritura; si fué la que dejó más completa la

cronología de sus dinastías imperiales y la tradición de sus orígenes y tiempos míticos, fué también la que más fácilmente se asimiló la cultura de la raza conquistadora; lo cual demuestra su mayor proximidad, aunque siempre relativa, á la verdadera civilización. La resistencia que opuso á las armas españolas, la guerra que mantuvo con ellas fué más sistemática y regular, de modo que las acciones de armas revestían mayor importancia á los ojos de la historia y de la epopeya.

Solís y Ercilla reflejaron la condición de las únicas dos razas de América que merecieran llamarse civilizadas, en cuanto esta palabra puede aplicarse al estado social de aquellas gentes que vivieron apartadas de las corrientes de cultura del oriente y de la influencia del cristianismo. Los demás pueblos, tanto los que ocupaban las regiones que bañan el Amazonas, el Orinoco, el Paraná y Uruguay, como los que habitaron la Patagonia y Arauco, apenas si merecen una mención en esta rápida y superficial reseña analítica sobre el desarrollo de la civilización en nuestro continente; y sin duda, á haberse prolongado más tiempo la edad ante-colombiana, habrían quedado absorbidas por alguna de las dos poderosas corrientes de dominación, — la quichúa y la azteca.

## VI

Dolor profundo causa á los que poseen el sentimiento de la historia, la desaparición ó la destrucción de tantas grandezas como habían logrado los imperios americanos, al decir de los cronistas de Indias; pero no podemos vencer esta duda que asalta al espíritu: ¿Cómo era posible que no quedasen sino restos fragmentarios y casi informes de las opulentas ciudades de que nos hablan los prolijos narradores de la conquista de Méjico y del Perú? ¿Dónde están las reliquias de semejantes esplendores, realmente deslumbrantes. como ellos nos describen, de las cortes de Moctezuma, de las ciudades en Cholula, Tlascala y Méjico, y del Cuzco en el Perú? Es verdad que las guerras fueron sangrientas, que la dominación fué de casi tres siglos; pero no puede concebirse que las colosales construcciones y los palacios y las ciudades fueran derribados todos por el estrago de la pelea, por el incendio ó por el capricho, mucho menos cuando los cronistas nos refieren que causaban profunda sorpresa y admiración á los mismos conquistadores.

Hay, sin duda alguna, un gran misterio en todo esto, pero no han faltado ni faltan quienes apliquen el criterio recto de la más sencilla lógica y

haciendo á un lado lo sentimental y lo poético, deduzcan que hubo mucha fantasía en los relatos de los expedicionarios, muchas relaciones intencionales y no pocas miras especulativas en aquel propósito de agigantar y embellecer lo que á su paso encontraban; porque en caso contrario habremos de deducir que fueron más bárbaros los que venían representando la civilización europea, y que la destrucción de las monarquías americanas fué un verdadero retroceso para la humanidad: consecuencia monstruosa que se destruye por sí misma, y ante cuyas enormidades la investigación histórica tiene que seguir rumbos más positivos y razonables.

Mucho habían adelantado, en varios aspectos de la vida social, los imperios de Méjico y del Perú, que mucho antes llegaron á presentar formas visibles de organización política; y algunas de sus industrias y prácticas institucionales acusaban una marcha progresiva; pero razas que mantenían aún los sacrificios humanos, el endiosamiento de los déspotas y la idolatría con sus caracteres más primitivos, no podían detener el paso de una conquista y de una cultura infinitamente superiores, que por la suprema razón de la inteligencia, de la ilustración y de altísimos principios morales, venían á incorporárseles de grado ó por fuerza, y á hacerlos servir al progreso de la humanidad.

Todo lo grande, lo bello, lo admirable como manifestación de las aptitudes de esos pueblos para desarrollar con los siglos una cultura igual ó paralela á la del viejo mundo, debía, por raciocinio infalible é ineludible, aparecer insignificante, diminuto ante lo que representaban las razas conquistadoras; y éstas, que representaban la cultura moderna, no podían ni debían por respetos transitorios, detenerse á esperar que los indígenas completaran su evolución civilizadora, apenas comenzada á diseñar con contornos perceptibles en aquella época.

El sacrificio fué desgarrador, sin duda, para los sentimientos humanos, y hoy todavía lo lamenta el corazón; pero las leyes históricas son incontrastables, y la raza superior tenía que cumplir su gran misión, entregando al pensamiento moderno, á la acción del trabajo inteligente, al análisis y aplicaciones de la ciencia y de la industria, territorios y riquezas condenados á quedar ociosos, sin destino útil para la humanidad, por siglos y más siglos; y cuando se contempla el estado actual de la América bajo la influencia de aquella cultura invasora, y lo que ella significa en el progreso humano, ya la cuestión no puede ser renovada.

---

## VII

Á medida que se estudian y profundizan los problemas que á la conquista y colonización se refieren, y más que todo, á la luz de los conocimientos actuales, más claro se ve que la encarnizada controversia acerca de la política española, ofrece también sus puntos obscuros y reinan en ellas graves é intrincadas confusiones. Llégase á confundir el hecho mismo de la conquista con los medios de que hubo de valerse, el pensamiento trascendental con los instrumentos que lo ejecutaron, y olvidando que no se gobierna fácilmente territorios y pueblos innumerables á través de tres mil leguas, se ha ido á incriminar á la nación española los errores de sus monarcas y no pocas veces hasta los de todo el mundo.

Somos de los que creemos que la política colonial española fué errónea desde su punto de partida, porque, desconociendo las condiciones sociales de los pueblos sometidos y su nivel inferior, y alucinados con las prodigiosas relaciones de grandezas americanas, — tanto mayores, cuanto menos se sospechaba que se encontrarían viviendas humanas, — llegaron á pensar sus gobernantes que tendrían acaso que medir sus armas con naciones aguerridas, poseedoras de artes maravi-

llosas, de ejércitos invencibles, de ciudades espléndidas, coronadas de soberbios monumentos y decoradas con primorosa arquitectura, y que debían ser razas superiores de cuyo consorcio resultaría notable influencia en el perfeccionamiento de la que venía en son de conquista.

Vino en seguida la fusión de razas: la blanca, inteligente, ilustrada, culta, con la americana de nivel inferior, nacida y desarrollada bajo climas y en una naturaleza vírgenes y tropicales, vinculándose por la sangre y por la posesión. Después, la política colonial ejercida á tan enorme distancia, era imposible que pudiera mantenerse en los límites de su concepción originaria; los agentes de la corona, los jefes militares, los ejércitos entrados en el terreno de la acción y dueños sin control de un continente, aceleraban la sujeción de los naturales por todos los medios de fuerza á su alcance: el estruendo de las armas no cesó de ensordecer el mundo ignorado, hasta que la bandera conquistadora pudo llamar suyo todo lo que limitan los dos océanos desde la Florida hasta Magallanes.

La conquista religiosa sigue paralelamente á la militar, convirtiendo á millares al cristianismo á los pobladores primitivos; y cuando el período guerrero ha concluído, empieza el de la legislación, el de la acción civilizadora de las nuevas

razas, que van multiplicándose ya con sangre nueva, y haciendo desaparecer con lentitud en los dos primeros siglos, la sangre indígena pura; los nacidos en el país empiezan á sentir amor por la tierra de su cuna, y los primeros anuncios de la libertad local, que más tarde debían traer la emancipación completa del dominio originario.

Verdad es, y no debe olvidarse, que España derramó en este suelo una semilla fecunda que nunca pudo extinguirse, ni por los actos de fuerza de la misma corona en las postrimerías de su dominación, ni por las mismas naciones nuevas después de su independencia: esa semilla fué la libertad comunal traída con la sangre por la nación conquistadora, y que fué la base del crecimiento y prosperidad tanto de la población española misma, como de la criolla.

Al fin del siglo XVIII, cuando tan grandes conquistas habían hecho en el viejo continente el pensamiento humano, la libertad política, la religión, las artes y las industrias, y cuando ya no era posible detener la corriente que ligaba á los dos mundos, empieza á sentirse el movimiento precursor de la Revolución, bajo diversas formas, y la tendencia á erigirse en entidades autónomas. Las leyes del crecimiento natural de las sociedades, la gran escuela de los municipios y los errores de la política central, que al decir del historiador de

la sublevación del reino de Nápoles, hizo todo lo necesario para perder las colonias, y el contacto con las ideas modernas que bullían en Europa en esa época, produciendo dos grandes revoluciones, una en Francia y otra en la misma América, dieron origen y forma al movimiento emancipador, del cual arranca una nueva era para el continente descubierto por Colón.

España, al traer la conquista, traía también la libertad con su cultura, su religión cristiana y sus instituciones comunales. Apenas tres siglos duró en sus manos el tesoro inmenso adquirido en aquel día que hoy conmemora una gran parte considerable del mundo civilizado, y durante esos tres siglos verificóse la asimilación de la cultura europea por la América.

Los sistemas coloniales fueron diferentes en los dos hemisferios: los ingleses empezaron por excluir de la vida colonial al elemento nativo, manteniéndose puras las tradiciones y las leyes originarias; en el sur los españoles, más humanos desde este punto de vista, pero menos previsores, admitieron la fusión, y á nuestro juicio fué ella causa poderosa para retardar la completa civilización del continente, legando á sus hijos un germen de indolencia, un principio regresivo propio de las razas salvajes habitadoras de la América primitiva.

Pero como quiera que se mire el hecho de la conquista, población y colonización españolas, hay algo grandioso que surge del conjunto por encima de toda cuestión de detalle, de política, de sistemas más ó menos ajustados á las leyes naturales de la sociedad: es el heroísmo, la constancia, la indómita voluntad con que emprendieron y llevaron á cabo el sometimiento de todo el país, guerreando constantemente de uno á otro extremo, recorriendo soledades infinitas, en montañas abruptas ó en desiertos pavorosos, dejando en todas partes ciudades y colonias, desentrañando tesoros y entregándolos á la explotación, descubriendo ríos, selvas, lagos, puertos y caminos para dar vida comercial y abrir el intercambio de las colonias entre sí y con la metrópoli.

No pocos hombres ilustres han aparecido en la historia por estos hechos: Cortés, Pizarro, Valdivia, Almagro, Solís, Magallanes, forman casi una nueva generación de varones preclaros, á quienes la visión del peregrino de la Rábida hizo surgir del olvido, de la turbamulta ó de la nada.

---

## VIII

La obra realizada por España, resultará siempre grande, á pesar de los clásicos errores de su sistema colonial [1]: y la humanidad que ha recibido la influencia de aquel hecho de incalculable trascendencia para el progreso universal, le presenta su tributo de respeto y aplauso, concurriendo á sus costas con sus escuadras, para saludar en el gran día, con las banderas de las naciones á que dió su origen, y con el estruendo de sus artillerías representativas del poder y del derecho, al estandarte que flameó por primera vez en tierra americana el 12 de Octubre de 1492.

El continente de Colón ostenta hoy la misma civilización que el antiguo; naciones poderosas lo ocupan, y recorren las antes mudas soledades las caravanas humanas, no ya en son de guerra y lentamente como entonces, sino por vías de hierro y de agua, pero llenando los aires con el humo del vapor. Los Estados Unidos constituyen hoy una de las naciones más ricas y potentes del mundo, y

---

(1) Como este escrito sólo se proponia en 1892, presentar una síntesis histórica de la civilización americana, no se discute en él problemas políticos semejantes á éste; pero es indispensable consignar, á manera de comprobación de nuestros juicios, el hecho doloroso de la pérdida completa de las últimas posesiones que á España le quedaban, como consecuencia de la guerra reciente con los Estados Unidos — (*Nota del autor*).

sus industrias, sus inventos, sus escuelas, proveen al viejo continente de cuanto sirve para desenvolver la vida. Méjico, la heredera de Moctezuma, la conquista de Cortés, se levanta también sobre las costas de dos mares, con sus reliquias aztecas y sus progresos modernos; es la nación hispano-americana que más carácter propio y original ostenta y marcha de las primeras por las vías de la civilización y del derecho.

Las repúblicas de Centro América, pequeñas y débiles, viven no obstante al amparo del derecho de gentes, y con sus instituciones y libertades republicanas respetadas en las intermitencias que les permiten sus prolongados despotismos internos. Venezuela y Colombia, asiento preferido de las letras maternas, entran también á formar en primera línea, restableciendo el equilibrio roto algunas veces por las revoluciones que las retardan y enervan. El Perú, la hija de los Incas, la Roma del antiguo imperio quichúa, como lo llamó un gran poeta, levanta su cabeza erguida después de una sangrienta lucha por la justicia y regenera sus fuerzas quebrantadas. Chile, la nación guerrera, inquieta, emprendedora y fuerte, parapetada entre los Andes y el Pacífico, busca amplitud para sus fuerzas y sus ambiciones y su crecímiento excepcional.

Bolivia, el Paraguay y Uruguay, combatidos también por las disensiones, las tiranías y los des-